EDICIONES EXTRA

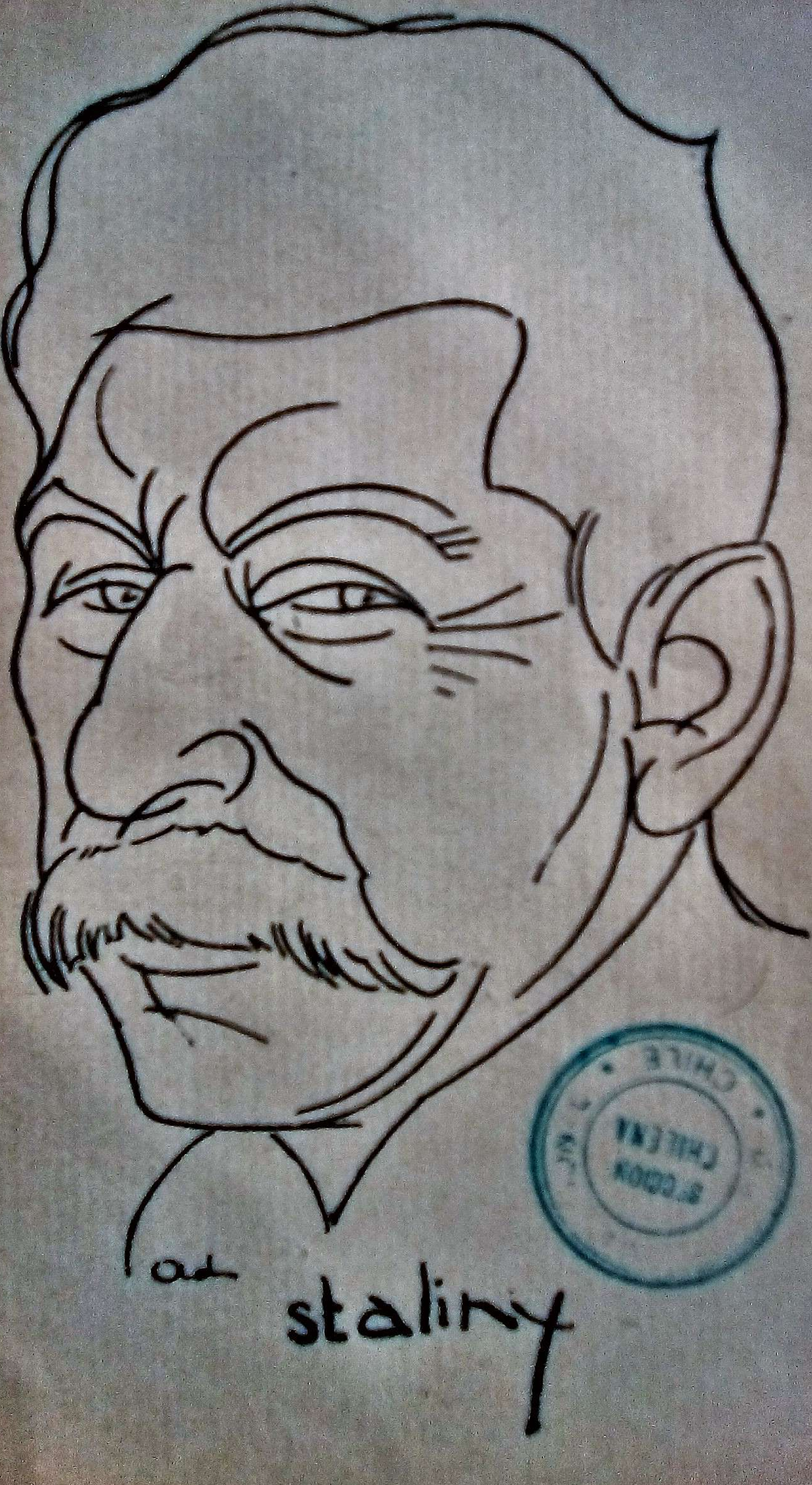
STALIN,

LA CARRERA DE UN FANÁTICO,

POR

ESSAD BEY.

EMPRESA LETRAS
SANTIAGO DE CHILE


stalin

CHILE
SECCION CHILENA

Una Biografía Dramática.

El notable libro que va a leerse, fué publicado originalmente en Alemania este mismo año de 1932. Su autor es hijo de la misma tierra aunque no de la misma raza que su héroe Stalin, y se halla por lo tanto informado de primera mano acerca de su vida y sus orígenes. Por otra parte, las diferencias de sangre y de formación espiritual que le separan de Stalin, le dan la necesaria perspectiva para formarse un juicio independiente y en lo posible desapasionado. Esta libertad crítica es precisamente el rasgo que caracteriza su libro, lo que le da un valor propio entre la balumba de volúmenes y artículos que han aparecido en los últimos años para endiosar o escarnecer al dictador de Rusia.

La época tormentosa en que le tocó desarrollarse, la naturaleza misma de Stalin, explican suficientemente el frenesí de odio y admiración que gira en torno de sus actos; pero esto mismo hacía desear un estudio personal en que este hombre extraordinario fuera materia de un estudio sociológico; en que se investigara su personalidad como el biólogo estudia las funciones orgánicas; en una palabra, en que se le tratara por lo que es: una fuerza de la naturaleza.

Essad-Bey, el mismo hijo de esa zona media, donde el Oriente confina con el Occidente, donde Europa y Asia engendran pueblos híbridos y contradictorios, debía apasionarse por el análisis de una personalidad tan afirmativa y dominadora como es la de su coterráneo Stalin. En las

ásperas gargantas del Cáucaso, georgianos, turcos y armenios viven desde antes de la Historia, combatiéndose, exterminándose y comerciando entre sí; apegados a su lengua y a sus tradiciones particulares con una tenacidad que nosotros los hijos de la América movediza y advenediza, apenas podemos presentir.

Esas fuerzas seculares representan, naturalmente, una formidable reserva de energía, las ideas revolucionarias y las creencias religiosas, por antagónicas que parezcan, han de tener un entronque común, tal como lo insinúa en el caso que nos ocupa el episodio del presente volumen en que aparece Stalin, el futuro organizador de un estado «sin dios ni ley», como alumno de un seminario ortodojo de Tiflis. Las diferencias entre el místico y el revolucionario deben ser más aparentes que substanciales, porque no se explica una convicción como la de los hombres que están transformando un mundo, sin una fe tan viva y tan indomable como la que movía a héroes y mártires.

Entre Mahatma Gandhi y José Stalin, los dos más grandes conductores de pueblos de nuestra época, la diferencia aparece más bien en el procedimiento que en su naturaleza íntima. El Mahatma es acaso el primer LEADER *político moderno que intenta mejorar el mundo sin echar mano a la espada. Todos los demás pusieron en ella su argumento final, sin dejar por un momento de profesar que les inspiraba la única ambición de hacer felices a los pueblos... en ésta o en la otra vida. De Jenghiz-Khan a la Inquisición, la excusa de la violencia fué siempre igual.*

En el caso de Stalin, el mundo confunde en el mismo gesto de condenación al individuo y su política, disimulando con rencorosa parcialidad esa natural admiración que suscita en nosotros el hombre fuerte que cumple su voluntad y su destino contra todo y contra todos. Pero el Arte, como por propio instinto, ha buscado con predilección esas personalidades creadoras y destructoras, afirmativas y absorbentes. El cuadro pictórico, el poema épico y la estatua, alcanzaron algunas de sus más altas inspiraciones en la celebración de las virtudes heroicas de ciertos amos de la sociedad... WALLENSTEIN, TARASS BOULBA, *la* SINFONÍA HEROICA *y* ZARATHUSTRA, *están entre esas obras maestras.*

La biografía de Essad-Bey pertenece al orden de la crítica interpretativa: no es una diatriba ni una apología de Stalin. Es en realidad un estudio de armonías y contrastes, tal como pudo hacerlo un pintor que supiera escribir. Comienza por

dibujar con vivos rasgos el fondo del paisaje, el medio que sirvió de cuna al héroe, y explica hasta qué punto las circunstancias históricas y el juego de las fuerzas sociales moldearon su naturaleza. Luego lo presenta en contraste con sus contemporáneos, y entonces aquel dócil fruto de la cálida tierra del Cáucaso, revela con vigor irresistible las cualidades que le predestinaban a ser un dominador, un vencedor.

El hombre que pretende no admirar las manifestaciones de la voluntad en un gran carácter, no es sincero consigo mismo. Por sangrientas y dolorosas que resulten las manifestaciones de esa voluntad manifestándose en la historia, hay siempre en ellas algo de sobrehumano o de inhumano que nos sobrecoge y que se impone, como a despecho nuestro, a nuestra admiración. Pero igualmente arraigada en nuestra naturaleza individual está la aspiración a la libertad, que empuja al hombre a rechazar las imposiciones y a sublevarse contra la voluntad tiránica, sintiendo que aun los más preciosos bienes dejan de serlo cuando debemos aceptarlos sin alternativa alguna. Es la tragedia eterna de Julio César y Marco-Bruto que sigue repitiéndose en el teatro de la historia.

«Stalin, la Carrera de un Fanático», se ofrece a nuestro público en esta traducción nuestra como una verdadera primicia de la biografía política en su forma dramática, acaso la más eficaz cuando se trata de captar, junto con el contorno de los acontecimientos, los móviles individuales que los inspiran y que al mismo tiempo reciben de ellos inspiración.

Ernesto Montenegro.

STALIN,

La carrera de un Fanático.

Traducción especial de Empresa LETRAS

PRIMERA PARTE

EL CONSPIRADOR.

UN PUEBLO ENTRE MONTAÑAS.

Detrás de la gran muralla que desde los comienzos del mundo separa a Europa del Asia, más allá de la legendaria cadena del Cáucaso, queda esa fértil región conocida con el nombre de Transcaucasia, cuna de viejas razas, de remotas civilizaciones, de leyendas y mitos empalidecidos por el tiempo. Georgia ocupa el centro de este comarca, y sus fértiles llanuras y colinas se extienden de las sombrías playas del Mar Negro hasta las calcinadas estepas de Azerbaiján. Viñas, fortalezas medioevales, románticos pasos entre las montañas, ciudades con aspecto de aldeas grandes, adornan el paisaje.

Aquí vive el pueblo georgiano, la más antigua y aristocrática de las razas que pueblan el Cáucaso. En el curso del siglo XIX, el viejo rey Heraclio llamó al Zar y su ejército en su ayuda, y desde entonces los rusos dominan en su territorio; un virrey nombrado por San Petersburgo vino a gobernar el país, con asiento en la vetusta ciudad de Tiflis, y con esto cesaron las periódicas incursiones de persas, turcos y tártaros. Los príncipes nativos juraron obediencia al Zar; visitaban de cuando en cuando la corte imperial, y se hacían construir palacios modernos que adornaban con muebles europeos. Pero en todo lo demás continuaron viviendo la vida de sus antepasados feudales.

El río Kur atraviesa la vieja ciudad de Tiflis. A lo largo de sus márgenes se construyó el ferrocarril Transcaucásico que va de Baku a Batum, uniendo el Mar Negro con el Caspio. A orillas del Kur, como a sesenta kilómetros de Tiflis, se levanta la ciudad de Gori, espaldeada por montes coronados de nieve y rodeado de una vegetación subtropical. Los habitantes que ocupan las sencillas viviendas entre los viñedos, tienen en su sangre el hielo de los glaciares y el fuego que corre en los lagares de Georgia.

Cuarenta años ha, Gori con sus diez mil habitantes era la sede residencial de Su Alteza Serenísima Simeón Amilakhvari, acaso el más noble de todos los príncipes del Cáucaso. El príncipe era ahijado del Zar, y todos sus hijos habían sido bautizados por el Zar en persona. Cuando Alejandro III le hizo una visita, la habitación en que durmió Su Majestad Imperial fué dejada intacta, y una luz siguió ardiendo allí en memoria suya. Pero, a despecho de su origen y su estrecha amistad con el Zar, Amilakhvari era un hombre sencillo y de costumbres democráticas que, si al regresar de una partida de caza, notaba que una de sus botas tenía un desgarrón, era capaz de saltar de su caballo y encaminarse por una callejuela hasta la covacha del viejo remendón Vissario Djugashvili, a pedirle que le pusiera un burdo remiendo de cuero del país en su preciosa bota encargada a París a un costo fabuloso. El hijo del zapatero, el pequeño Zozo, corría al interior de la choza a buscar un resto de alfombra para que el Príncipe tuviera donde poner el pie, mientras le arreglaban la bota.

Pero Amilakhvari no estaba siempre de tan buen humor. Desde que él era el único príncipe de su rango en el Cáucaso, tenía derecho a conservar su propia escolta militar, la cual estaba formada por georgianos montañeses, que le eran personalmente adictos hasta la muerte. Un buen día, el nuevo jefe militar del distrito de Gori, un coronel ruso, quiso obligar al regimiento de Amilakhvari a que removiera sus establos a otra zona del pueblo. Cuando lo supo, el príncipe se encendió en ira, se vistió su hermoso uniforme blanco de caudillo circasiano, empuñó sus armas y se atusó sus largos mostachos a lo Francisco-José. En medio de la plaza del pueblo, hizo tomar al coronel ruso, ordenó desnudarle de la cintura para abajo y aplicarle una buena tunda de azotes. El populacho de Gori

presenció regocijado el espectáculo, y entre la multitud podía verse al pequeño Zozo, el hijo del zapatero Djugashvili, un chico picado de viruelas, de pelo abundante y revuelto, de frente estrecha y de ojillos negros y encendidos. Sus manos estaban siempre prontas para enredarse en una pelea callejera, pero no querían tener nada que ver con las labores del remendón.

Entretanto, casi a la sombra del alero de palacio, en la humilde tienda del zapatero Vissario Djugashvili, crecía su hijo Zozo, esquivo siempre a las labores del oficio. La fama y la conducta del príncipe debieron impresionarle hondamente. Acaso fué el ejemplo de Amilakhvari, del conductor de hombres, lo que hizo que el hijo del remendón, olvidara su nombre, su hogar, y el taller de su padre, para llegar a ser un día José Stalin, el dictador de Rusia, el hombre que gobierna sobre una sexta parte de la población del mundo.

José Djugashvili nació en Gori, Georgia, en 1879. Su padre era un verdadero georgiano, proviniente de la región montañosa donde vive el antiguo clan de los Mthiuleti, gente experta en el uso de las armas desde época remota. Pero Vissario Djugashvilli no tenía nada de guerrero y pertenecía a la casta de los Makalaks, los artesanos y mercaderes de Georgia. Por siglos ellos vivieron una vida aparte de las castas agrícolas y feudales, concentrándose en los pueblos donde ejercían sus actividades. Los príncipes y caudillos les daban su protección a cambio de frecuentes contribuciones en dinero para guerrear o pagar tributo a los belicosos montañeses. Más tarde, los inmigrantes armenios vinieron a arrebatarles su prosperidad a los Makalaks; los príncipes, no necesitando su ayuda financiera, les abandonaron, y los funcionarios rusos se negaron a reconocerles sus privilegios.

Ciertamente, Vissario Djugashvili no había sido un pobre remendón toda su vida. Las gentes que conocían su pasado, decían que en su mocedad había salido del pueblo de Dido-Lilo, donde vivía su familia, para irse a vagar por la región alta de Ossetia, donde había llevado la vida libre y movida de un salteador. Cuando por fin los nativos lo expulsaron del país, se llevó consigo a una muchacha con la cual se estableció más tarde en Tskhinvali, cerca

de Gori. Solamente años más tarde se habría establecido como un artesano, un verdadero Makalak, en Gori.

En la época en que encontramos al pequeño Zozo, el negocio de su padre estaba ya en ruinas. Los que querían un par de botas con finos adornos no iban ya a encargárselas al viejo Vissario; en la ciudad de Tiflis se había instalado un obeso comerciante armenio que con su fábrica de calzado se había enriquecido de la noche a la mañana. En aquellos tiempos Zozo no había leído aún su Marx; de otra manera hubiese comprendido que lo que ocurría en su propia casa no era otra cosa que «la fatalidad histórica del conflicto entre el capitalismo y las industrias domésticas».

Vencido al fin, Vissario se resolvió a abandonar Gori, y con su mujer y su hijo se vino a pedir trabajo en la fábrica de calzado del obeso armenio Adelkhanov. Renunciando a sus derechos de libre Makalak georgiano, Djugashvili degeneró de artesano en proletario, y su hijo, a la edad de catorce años se convertía en un vago y un parásito de esta hermosa ciudad de Tiflis. Pero como los georgianos, aun los más humildes, tienen el amor de la cultura, Zozo se vió obligado a ir a la escuela, a una escuela georgiana, naturalmente. El futuro dictador de todas las Rusias vino a aprender el ruso mucho más tarde.

Zozo no fué un buen estudiante. A los libros, prefería las excursiones en balsa o de a pie por los pintorescos alrededores de la ciudad. En cambio, absorbió toda la sabiduría del folklore local. Y con esto se impregnó también de la magia y el cinismo de la chusma, todo lo que tiene el pueblo georgiano de chacotero y de brutal. El carácter peculiar de Tiflis, medio europeo y medio asiático, quedó estampado en el alma de Stalin, y aun cuando más tarde vivió y viajó de Siberia hasta París, jamás perdió las huellas de las enseñanzas de su juventud.

EL NOVICIO.

La fábrica de Adelkhanov quedaba en el barrio oriental de Tiflis, junto al famoso Bazar de Maidan. Por sus estrechas calles pasan con su pesada carga los borriquillos y los camellos, y a su paso los peatones deben pegarse de

espaldas contra las paredes para dejarles espacio suficiente. El bazar es para el oriental al mismo tiempo su club, su bolsa de comercio y su centro de recreo. Hora tras hora el futuro Stalin se las pasaba entre las tiendas de los armeros, los zapateros y los sastres, o se detenía a la puerta de las tabernas subterráneas, a la espera de que alguien le convidara con algo. La taberna o *dukhan* es el paraíso del habitante de Tiflis, y a ella acude indistintamente el ruso, el georgiano, el judío, el turco o el armenio, a escuchar las canciones persas o georgianas que les cantan músicos ciegos, y a deleitarse con las danzas de pequeñas bailarinas gitanas o kurdas. Y van, sobre todo, a beber el vino cálido de Georgía y a ingerir grandes platos de carnero con arroz, queso y vegetales. El vino lo sirve el *tamada* o jefe de la fiesta, en grandes cuernos que hay que vaciar de un solo trago. Príncipes y mandaderos suelen sentarse a la misma mesa a comer y beber hasta el aclarar.

Pero el verdadero rey de las calles de Tiflis es el *kinto:* señor de tabernas y bazares, mitad poeta, mitad ratero. Este bufón de las calles de Tiflis vive de su ingenio, tiene siempre pronta en sus labios una salida mordaz, y va por todas partes con su expresión sonriente, sus ojos maliciosos y su pequeño sombrero plantado en la nuca. Es el periódico de la multitud, el crítico de la literatura popular, el relator de cuentos escabrosos e ingenuos, de puro estilo oriental. Y Stalin se convirtió en uno de ellos. Por meses y meses se dedicó a vivir a costa de la alegre concurrencia del bazar y la taberna, enriqueció su vocabulario con las obscenidades del pueblo georgiano y con trozos de historias rusas y armenias. Hasta hoy día su experiencia de *kinto* le ha dejado su cínica sonrisa y su ladino mirar, junto con esa despreocupación por los golpes de la suerte, su fortaleza física y falta de escrúpulos, su facultad de reírse en cualquiera ocasión de sus propias desgracias o de las ajenas, y para burlarse de la vida como de la muerte.

No sin razón Lenin había de declarar más tarde: «Stalin es demasiado rudo y brutal para dirigir el Partido Comunista». Pero pudiera ser que esas mismas cualidades fuesen las que llevaran al triunfo y al poder a este feroz y sombrío georgiano. Pues solamente en su exterioridad la vida del *kinto* aparece alegre y despreocupada. Todavía muchacho, aprendió a disputarle a los otros *kin-*

tos el derecho a entretener a los tertulianos y a disfrutar de las sobras del festín. De sus compañeros aprendió pronto el gran arte caucásico de tirar rápidamente la daga de la vaina y envolverse un trapo en la mano izquierda para parar los golpes. Pronto el muchacho adquirió por sus buenas el derecho a figurar entre los *kintos* profesionales.

Cada año los *kintos* celebraban en Tiflis una especie de torneo para dirimir su superioridad y designar al rey de la banda. Príncipes y generales solían acudir a presenciar el encuentro, y el vencedor era paseado en hombros por el barrio. Armados de palos y piedras, los combatientes comenzaban por arrojarse epigramas más o menos ingeniosos, y formados en dos filas, cargaban en masa, hasta que uno de los dos bandos era barrido hasta la margen del río. No se sabría decir cuántos *kintos* perdieron sus dientes o sacaron costillas rotas en las pelea en que tomó parte Stalin, pero es sabido que éste fué llevado en brazos de sus amigos hasta la casa de su padre.

El pobre viejo lavó el cuerpo magullado de su hijo, y resolvió poner un término a su vida vagabunda. La ambición de todo buen georgiano es hacer de sus hijos, ya sea oficiales del ejército o doctores en las ciencias y artes. Djugashvili no podía esperar lo primero, por las condiciones de su nacimiento y profesión, pero desde que la carrera del estudio está abierta en Georgia a todas las clases sociales, su hijo sería un hombre docto. Pues bien, en el centro de Tiflis, en la calle Pushkin, queda el Seminario Teológico de Georgia, un edificio con apariencia de cuartel, de donde la juventud georgiana salía para el convento o para la enseñanza. La educación era gratuíta, además de costear el estado a los alumnos la alimentación y el vestuario. No es raro, pues, que con estas ventajas buscaran allí refugio los desamparados de Tiflis.

En 1893, Vissario Djugashvili fué a matricular a su hijo José en el Seminario, y después de muchos esfuerzos para vencer la resistencia de los monjes, consiguió dejar a Zozo como pensionista de la sombría caserna. Ahora bien, la iglesia georgiana, una rama del cristianismo bizantino, se había mantenido unida por siglos gracias al hecho de verse rodeada de enemigos de la fe. Sus obispos fueron al mismo tiempo caudillos que defendieron muchas veces

con la espada su religión y su independencia contra los turcos, Al ponerse bajo la protección de los rusos, los georgianos perdieron el derecho a enseñar en su lengua, y pronto los intereses de la iglesia rusa ortodoja comenzaron a minar los de la iglesia nacional georgiana. La antigua fe, al ser privada de su significación por las autoridades eclesiásticas del Zar, se fué extinguindo poco a poco, a la vez que el pueblo, que nada había ganado con el nuevo régimen, comenzaba a buscar nuevas orientaciones sociales. Así fué como los antiguos devotos pasaron a incorporarse al único grupo de resistencia a la autoridad del Zar, formado por revolucionarios socialistas. De esta manera, resultó que entre los hombres que figuraron a la cabeza del comité local revolucionario de la primera rebelión contra el Zar, figuraban los nombres de Yordania, Chkheidze y Chkheneli, todos antiguos alumnos del Seminario georgiano.

Dentro de los muros del Seminario, el joven Stalin fué iniciado en los misterios de la doctrina revolucionaria. Desde su primer año de estudios, se puso en contacto con los obreros agitadores, y en vez del catecismo, leyó los folletos con tapas rojas que distribuían clandestinamente entre los alumnos, durante la velada. Las abstracciones de la Teología y las doctrinas abstractas del marxismo parecían marchar lógicamente por el mismo rumbo en la mentalidad de los alumnos, acostumbrados ya a las sutilezas del dogma. En vez de las irreales doctrinas de la iglesia, la nueva generación del Seminario recibió las igualmente irreales, pero mucho más atrayentes, y en apariencia más realistas, doctrinas del cataclismo revolucionario.

Los que llevaron el evangelio de la revolución mundial hasta los bancos del Seminario georgiano y distribuyeron los folletos rojos entre los más pobres alumnos (todos eran pobres) no eran gentes muy versadas en la doctrina marxista. Eran en realidad miembros de un grupo de obreros de la maestranza del ferrocarril de Tiflis. Stalin nunca olvidó a esos hombres que le iniciaron en la carrera práctica de la revolución. Incluían a los operarios del ferrocarril, Arakel Okuashvili, Sturua, Silvestre Djibladze, Zako Chodrizhvili, Jorge Chkheidze, Miguel Borshorishvili y Nipua, todos georgianos puros y proletarios.

Pero el «pope» no tuvo acceso inmediato al Templo de la Revolución, que era la casa del obrero Sturua. Los que conocieron a Stalin por aquel tiempo, dicen que se pasaba noches enteras leyendo libros revolucionarios, absorbiendo como en un éxtasis esta revelación del mundo occidental que se le mostraba en lengua rusa, un idioma que todavía deletreaba con dificultad. Ya en aquella época mostrábanse en Stalin aquellas características por las cuales más tarde Trotsky había de hacerle cargos: indolencia espiritual y estolidez tan profunda, que sólo podría actuar cuando hubiese adoptado un punto de vista inamovible. Esta imperturbable calma interior, esta capacidad para consagrarse sin reservas a la tarea inmediata y a la necesidad que había reconocido y aceptado en teoría, esta falta de todo escrúpulo y de duda intelectual, son cualidades que acompañan hasta hoy al hijo del remendón del pueblo de Gori.

En 1896, cuando no tenía más que diez y siete años, el seminarista Stalin entró como miembro regular de la rama de Tiflis del Partido Laborista Social-democrático de Rusia. Ese mismo año Stalin fundó la primera sociedad secreta marxista dentro de los propios muros del Seminario. De noche, sus condiscípulos se reunían en torno a su cama, y a la luz de una vela discutían el porvenir de sus ideas. En frases entrecortadas, mitad ruso, mitad georgiano, Stalin les adoctrinaba en las nuevos principios, que él mismo no entendía muy bien. El lo ha reconocido más tarde cuando ha declarado refiriéndose a aquellos tiempos: «Tal vez entendía algo de las ideas marxistas; pero en cuanto a la práctica revolucionaria, yo era un niño de pecho!»

Las autoridades del Seminario conocían de sobra la severidad de los funcionarios rusos, y cuando un día descubrieron tratados blasfemos y folletos comunistas en la habitación de Stalin, resolvieron sin demora separar a la oveja negra del resto del rebaño. «El alumno José Djugashvili ha sido expulsado de la institución por ser culpable de herejía socialista». La cosa pudo haber parado en eso, junto con la carrera eclesiástica de Stalin. Pero, al día siguiente, el director del Seminario recibió una carta firmada por aquel, en la que daba los nombres de todos los condiscípulos que concurrían a las reuniones.

Ahora bien, para un georgiano, no hay hecho más despreciable que el de la delación. Pronto se propagó entre los círculos proletarios de Tiflis que uno de los miembros del partido era culpable de traición. Inmediatamente se acordó reunir un tribunal de honor en casa del obrero Stuarua. Stalin se presentó y pidió que le oyeran sus descargos.

—Camaradas—dijo—; nuestro Partido tiene muy pocos miembros. Los alumnos del Seminario estaban destinados a ser frailes y monjes, es decir, servidores de la iglesia. Yo los he salvado para la Revolución. Gracias a la actitud de las autoridades que los han expulsado del Seminario, ya no ingresarán a la burguesía, y no les queda otra alternativa que hacerse asociados nuestros. Mi denuncia ha ganado para el Partido una docena de revolucionarios bien preparados y fieles, tales como necesitábamos.

La corte de honor absolvió a Stalin. El Partido necesitaba muchos otros colaboradores de su temple!

LOS REVOLUCIONARIOS DEL CAUCASO.

A seguida de su expulsión del Seminario, Stalin fué comisionado para cooperar en la organización de la Es-De (Partido Social-democrático y de la Es-Ar (Partido Social-Revolucionario). En sus trabajos vino a sumergirse entre las masas obreras de Tiflis; organizó una huelga y se vió obligado en consecuencia a andar escondido, y de esta manera fué conociendo los sufrimientos y peligros de la existencia del revolucionario. Pronto se vió en la necesidad de cambiar de nombre. Sus camaradas lo rebautizaron *Koba* (el Notable), nombre que había de acompañarle hasta la época de su deportación a Siberia, y que todavía le dan sus más íntimos, los camaradas de aquella época. En el curso de los acontecimientos se vió obligado a usar otros nombres, tales como David, Nisherade, Chichikov o Ivanovich. Y solamente poco antes de la guerra, cuando trabajaba por la revolución en San Petersburgo, Lenin lo bautizó con el nombre de *Stalin:* el Hombre de acero.

La vida que Stalin se veía obligado a llevar en su rol de conspirador era a la vez peligrosa y estrecha. Los miembros del Partido se dividían en dos categorías: unos, provistos de pasaportes falsificados, podían llegar hasta las

fábricas y, enrolados como obreros, diseminar las ideas entre sus camaradas. Los otros, carentes de todo salvoconducto, se veían obligados a trabajar en forma clandestina, privados de trabajo remunerador y sin techo bajo el cual cobijarse. Stalin perteneció a esta segunda categoría durante casi todo el curso de su carrera. Apenas durante los primeros dos años de su salida del Seminario alcanzó a ganar algo como maestro de escuela. Después dependió por entero del Partido, y sólo en caso de extrema necesidad recurrió a la ayuda de su madre, quien desde la muerte del viejo Vissario se ganaba la vida con la costura.

La vida del revolucionario significaba vagar de un pueblo a otro y de uno en otro escondite. El Partido carecía de fondos y Stalin recibía muy irregularmente los quince rublos que se le asignaban para subsistencia; suma que aun en Georgía era un salario de hambre. Aun los caudillos del Partido que se asilaban en diversas capitales de Europa estaban sufriendo las más grandes penurias. Pero Stalin se había acostumbrado desde niño a las privaciones y ha conservado hasta hoy una sobriedad a toda prueba. Rara vez bebe vino, y por lo común se contenta con un trozo de queso de oveja y un pan seco. Sólo en ocasiones se da el lujo de untar un poco de miel del Cáucaso sobre el pan.

En 1899, en los comienzos de la carrera de Stalin, fué organizada la huelga de los tranvías de Tiflis. La verdad era que las condiciones de trabajo del personal eran detestables. No tan sólo tenían una jornada que comenzaba al amanecer y terminaba tarde de la noche, sino que además debían contentarse con una miseria de salario. Aquellos pobres diablos se arreglaban de manera de recortar un poco de las entradas de cada día, poniéndose de acuerdo con inspectores y jefes de tráfico, y este método les parecía mucho más sencillo y eficaz que los complicados métodos de la huelga a la manera occidental. Una huelga era para ellos una cosa nunca vista, sin precedentes en la comunidad. En consecuencia, el compañero Koba y sus camaradas consideraron de urgente necesidad instigar en la primera oportunidad el espíritu de la huelga según la fórmula europea entre los tranviarios de Tiflis.

Con ayuda de una vieja prensa de mano, instalada en la choza de una lavandera, Stalin, o sea el camarada Koba,

se lanzó a la propaganda de la huelga, pero los operarios de la empresa de tranvías eran de distintas razas y poco apegados a la literatura. Sólo al cabo de muchos esfuerzos oratorios de persuasión, y después de asegurar a los obreros que el alza de los salarios no les privaría de seguir recortando lo que pudieran de las entradas de cada día, se consiguió llevar a cabo la huelga. El órgano marxista de Georgía, *Kvali* celebró el acontecimiento en jubilosos párrafos. Las autoridades se quedaron estupefactas ante el anuncio de una cosa tan extraordinaria como la huelga, y al fin, después de mucho conferenciar con los jefes de la empresa de tranvías, resolvieron recurrir al método de poner gente de fuera a trabajar para desbaratarla.

Los caudillos comunistas tuvieron una gran satisfacción al ver que aparecían los rompe-huelgas, el síntoma evidente de que la lucha entre el capital y el trabajo había comenzado al fin formalmente en Georgía. Lo que faltaba ahora para intensificar la Guerra de Clases, era provocar un encuentro entre huelguistas y rompe-huelgas. No costó mucho para que los obreros cargaran contra los usurpadores de sus puestos en los tranvías, y con gran algazara comenzó la primera batalla callejera. Las autoridades mandaron a los cosacos que terminaran con el desorden, y éstos, sin atender a distinguir entre atacantes y atacados, descargaron sus huascas de ramales sobre las cabezas y las espaldas de unos y otros. Es probable que en esta ocasión Stalin trabara conocimiento con sus futuros enemigos, los cosacos.

Esta vez Stalin, gracias a su juventud, no fué molestado por la policía, y pudo permanecer en Tiflis. La organización revolucionaria era deficiente y el número de afiliados escaso. Sólo en 1900 Djibladze, el ruso Kurnatovsky y unos cuantos más fundaron en Tiflis el primer Comité del que entonces era el Partido Laborista Social-Revolucionario. Koba-Stalin se hizo miembro de él. Su guía y maestro era Kurnatovsky, un amigo de Lenin. A él debió Stalin las primeras nuevas respecto del inspirador del Partido y de él recibió ejemplares de su órgano *Iskra*, que Lenin publicaba entonces en Munich y algunos de cuyos números pasaban de contrabando a Rusia.

Aunque los jefes revolucionarios esparcidos por Europa se pasaran el tiempo disputando sobre cuáles eran los me-

jores métodos de lucha, en Tiflis lo que interesaba era la finalidad práctica de esparcir la semilla de la revolución. En esto, Stalin estaba por una amplia acogida de la masa en las filas revolucionarias, contrariamente al sistema en uso de elegir con sumo cuidado e individualmente a sus neófitos. Tras muchos debates e incidentes con otros miembros del Partido, prevaleció al fin el parecer del camarada Koba, y en consecuencia, en adelante la lucha revolucionaria se realizaría en plena calle.

El punto de vista de Stalin estaba más de acuerdo con las condiciones peculiares del Oriente. Un centenar de revolucionarios que estudiaran a Lenin en una cueva y a la luz de un candil, no harían gran cosa por adelantar la Revolución, mientras que un solo revolucionario que se atreviera a darle un golpe en la cabeza ante una vasta masa de público a un jefe de policía serviría mucho más para socavar el espíritu de autoridad.

De acuerdo con estas ideas, en la primavera de 1901, se organizó en Tiflis una demostración pública de descontento: un acto de no difícil ejecución, especialmente en el Cáucaso. Pero, en vista de su experiencia anterior, los viejos caudillos no aparecieron en la manifestación. En esta oportunidad, la policía no molestó a los obreros, sino que buscó a los nuevos cabecillas. La policía no podía disolver una demostración callejera sin tener que reconocer que se había llevado a cabo una, y esto no le convenía a las autoridades de una ciudad tan adicta al Zar como Tiflis.

En consecuencia, mientras se disolvía la manifestación por sí sola, el jefe de policía firmaba la orden para el arresto de un tal José Djugashvili, alias Koba. A pesar de todo: aun en aquellos primeros días de la actividad comunista, sus asociados tenían ya alguna organización, y no faltó quien llevara las nuevas hasta el interesado. Stalin pasó secretamente a Batum, un puerto del Mar Negro que sirve de salida a la exportación de petróleo que viene de Baku sobre el Mar Caspio. La única actividad revolucionaria de Batum en aquel tiempo era la de servir de intermediario para la distribución de la literatura comunista que llegaba de Marsella y Constantinopla disimulada entre los fardos de mercancías de los vapores petroleros. A la llegada de un vapor, el mecánico Yenukidze iba a su encuentro en un pequeño bote, y recibía lejos de la playa el

paquete con folletos de Lenin y de otras lumbreras del Partido, por lo cual se le abonaban quince rublos.

Stalin encontró que las condiciones en Batum se prestaban a la organización revolucionaria. Una población de fábricas y refinerías de petróleo, con sus masas obreras, hizo relativamente rápida la organización de un comité del Partido Laborista Social-Democrático. Otros comités fueron fundados en Baku y Chiaturi. La mayoría de sus miembros eran trabajadores de las usinas de petróleo, que miraban al joven perseguido como a un héroe, y de resultas de esto, pronto Stalin se encontró a la cabeza de la organización de Batum. Aquí los obreros se mostraban más asequibles a los nuevos métodos revolucionarios. No fué difícil ganarlos en favor de una huelga de los obreros de las industrias de petróleo; pero la policía estaba prevenida, y el gobernador, el brutal príncipe Galitzin, dió orden de tomar a todos los cabecillas.

Stalin había organizado una demostración en celebración del 1.° de Mayo. Cuando las columnas de obreros marchaban hacia el centro de la ciudad, un destacamento de policía cayó sobre ellos y los dispersó, no sin arrestar antes, tras una reñida lucha, al fornido sujeto, de cara picada de viruelas, de frente estrecha y ojillos penetrantes que encabezaba la demostración. Esta vez una nueva etapa se abría en la vida de José Djugashvili. Su primera estada en la cárcel sería como la colación de grados en su carrera de revolucionario. Tras su infatigable labor de propaganda, los días de prisión le servirían además de descanso y de estudio. De allí había de salir fortificado de cuerpo y mente, y más resuelto que nunca en su empresa de agitador.

Mientras Stalin permanecía en la prisión de Kutais, grandes acontecimientos se producían en los círculos directivos del Partido. El Segundo Congreso de los Laboristas social-democráticos de Rusia se reunía en Bruselas y luego en Londres, y tras apasionados debates, se producía el cisma de las dos corrientes, la moderada y la extremista, o sea los Mencheviques y los Bolcheviques. Las diferencias de principios y de métodos, que al comienzo eran casi imperceptibles, irían ahondándose cada día. Los esfuerzos de los elementos conciliadores se estrellaron en la férrea voluntad de Lenin, y hasta los cabecillas jóvenes como Trotsky se plegaron a los disidentes moderados,

a pesar de todos los argumentos del jefe para ganárselo a su lado.

En tanto que ocurrían estos sucesos, la policía de Georgía estaba deliberando qué hacer con Stalin, hasta que tras maduras reflexiones se resolvió, con característica clemencia, relegarlo a la remota población de Nueva Uda, una de las regiones más desamparadas en la Siberia oriental. En el camino Stalin oyó las nuevas de la división del Partido, y sin vacilar se puso del lado del grupo de acción. Los principios de Lenin los reconoció por suyos: revolución social, guerra de clases, conspiración permanente, rechazo de la política de vacilación, y negación de solidaridad con los intelectuales, la burguesía y los liberales, amigos de los Mencheviques.

Desde el día en que declaró a un grupo de sus compañeros de prisión que aceptaba las ideas de Lenin, toda duda se desvaneció para siempre jamás en la mente de Stalin. Esta determinación es harto notable, no tan sólo si se considera que uno y otro no habían tenido jamás correspondencia directa, sino también por el hecho de que Georgía estaba destinada a ser en el inmediato futuro la fortaleza del partido rival, el Menchevique. Esta resolución de Stalin había de tener imponderable influencia en los destinos de su Partido, en los destinos de Rusia, y sólo el porvenir ha de decirnos cuál ha de ser su influencia en los destinos de la humanidad.

F:

EL CÁUCASO EN LLAMAS.

La primera revolución rusa, que estalló en 1905 a consecuencia de la desastrosa guerra con el Japón, fué recibida con general simpatía en el Cáucaso. Los obreros, los semi-intelectuales y hasta la nobleza se sintieron conmovidos profundamente por el movimiento revolucionario. Esperábase de un momento a otro la abdicación del Zar. El gobernador de la provincia, el noble y riquísimo Vorontsov-Dashkov, se encontró de repente con que hasta las tribus de las montañas le pedían derecho a voto y otras prerrogativas de las cuales algunos años antes no habían oído ni el nombre.

San Petersburgo ordenó una guerra sin cuartel a tales

tendencias, y el viejo gobernador no se hizo de rogar para cumplir con tales órdenes. Uno de los elementos de agitación era el periódico *La Lucha Proletaria*, que venía publicando Stalin desde su fuga y regreso de Siberia, un año antes. Además redactaba la hoja georgiana *Dro*, y dirigía la propaganda de los grupos comunistas del Cáucaso. Su primer esfuerzo tendió a concentrar las fuerzas del Partido, y sólo en el verano de 1905 dió la orden de incorporarse a las actividades revolucionarias.

En una clara mañana de estío, los conspiradores se reunieron en el arrabal de Didube y en el suburbio de Nakhalovka. Con la indispensable bandera roja al frente, los de Didube, encabezados por Stalin, marcharon a través del parque de Mushtaid en dirección a Nakhalovka, donde debía comenzar el asalto. Obreros y artesanos en masa se habían dado cita allí.

Los manifestantes avanzaron hasta la Avenida Golovinsky, la arteria principal de Tiflis. Stalin dió la orden de detenerse, y allí, frente al palacio del virrey, que se hallaba resguardado por un escuadrón de cosacos, arengó al pueblo desde las gradas del teatro. Su discurso fué una pieza oratoria absurda, mitad en ruso, mitad en georgiano. Comenzó por invitar al público a libertar a los prisioneros políticos de la ciudadela de Mtekh, pintándoles sus sufrimientos; pasó luego a hablar del alza del precio de los fósforos, y terminó refiriéndose a los salarios de los obreros y a la mala cosecha de vinos.

No fué culpa de Stalin que los manifestantes no pusieran ese día en libertad a los prisioneros de Mtekh. Al llegar a las puertas del Instituto de Tiflis, se encontraron con un pelotón de cosacos que les cerraba el paso. Entre la tropa y el público se levantaba un poste del alumbrado, al que pronto se trepó Stalin con extraordinaria agilidad. Otra vez se hallaba en una situación prominente donde todos podían verle, y con su rudo acento georgiano volvió a arengar al pueblo, mientras los cosacos miraban con aparente indiferencia.

Nadie supo darse cuenta de quién hizo el primer disparo. De repente, sintióse un tiro, y luego se vió al hombre del poste que echaba mano al cinturón y sacaba una tras otra bombas de dinamita que iba arrojando entre las filas de los cosacos. Estos levantaron sus rifles y dispararon

sobre la multitud. La batalla duró tres horas en el corazón de la ciudad, en la Perspectiva Golovinsky, en los alrededores del Mercado y en el barrio de Nakhkalovka. El poste donde estaba trepado Stalin fué arrancado del suelo, y aquel prosiguió la lucha con daga, revólver y bombas.

Una y otra vez Stalin dejó el campo de batalla para ir en busca de refuerzos hasta Didube. Por un tiempo se hubiera dicho que habían vuelto los días sangrientos de la invasión persa. La sangre corría en arroyos por las calles de Tiflis, y al atardecer los cosacos con ayuda de refuerzos pudieron rechazar a los revoltosos.

En compañía de un grupo de fieles, Stalin se atrincheró en el Hotel Europa, el más suntuoso de Tiflis. Las puertas fueron reforzadas con barricadas, y por las ventanas los insurgentes reanudaron su fuego sobre los cosacos. No todos los insurgentes eran bolcheviques; pero esa vez como ahora Stalin no se preocupaba mucho de indagar de dónde le venía ayuda. Bastaba que estuvieran ansiosos de pelear. Al anochecer los cosacos avanzaron sobre el hotel, y fué menester tocar a retirada. Stalin y sus amigos escaparon a la calle por los pasajes subterráneos del hotel.

La ciudad estaba ardiendo. Las barracas de madera de orillas del río y el barrio obrero eran abrasados por las llamas. Stalin alcanzó hasta el arrabal de Didube, donde debió afrontar otra vez a los cosacos. Tras algunas horas de tregua, pudo al fin escapar de la ciudad, y ganando las montañas, se fué a esconder entre las tribus del corazón del Cáucaso. Jamás se ha sabido dónde se ocultó Stalin, si fué entre los Tushens, los Pshavians o los Khevsurians, todos los cuales tienen un alto sentimiento de la hospitalidad. Pero es curioso recordar que años más tarde, cuando el último jefe de los rusos blancos, el príncipe Kakutso Cholokashvili, fué a refugiarse entre estos últimos, Stalin se abstuvo de pedirle a los Khevsurians que lo entregaran, como un homenaje a sus tradiciones y acaso como un testimonio de gratitud.

A pesar de verse en la necesidad de buscar un refugio, Stalin asistió ese mismo año 1905 al congreso que los revolucionarios rusos celebraron en Hammerford, Finlandia. Pasando por San Petersburgo de incógnito, el jefe de los bolcheviques del Cáucaso se hizo presente en aquella

asamblea, y con su pipa en la boca, silencioso, observador, siguió los interminables debates.

Entretanto, bajo el gobierno del astuto conde Vorontsow y del brutal gobernador de Tiflis, Gryasnov, estaban ocurriendo grandes cambios en Georgía. Para ciertos burócratas, el espíritu revolucionario del Cáucaso era señal de que estos pueblos eran sanguinarios por instinto racial, y requerían por consiguiente un gobierno despótico, aunque siempre humanitario. Por ese tiempo el sultán de Turquía Abdul Hamid, estaba cometiendo masacres de armenios, que naturalmente repercutían entre las poblaciones del Cáucaso, donde abundan los representantes de ambas razas, armenios y turcos. ¿Qué cosa más natural, pues, que estas gentes trataran de exterminarse entre sí? Nunca se ha podido probar que el gobierno ruso fomentara la discordia, pero fué un hecho que turcos y armenios comenzaron a chocar en Tiflis y regiones vecinas. La opinión general se inclina a creer que las autoridades rusas entregaron armas primero a los armenios y luego a los mahometanos, y más tarde se las quitaron a un partido para entregárselas al otro

A su vuelta de Finlandia, Stalin encontró todo preparado para la lucha. Los mismos georgianos habían recibido armas; pero debido a su repugnancia por las masacres callejeras, el plan se malogró por este lado. Esto es lo que se ha llamado la «política rusa en el Cáucaso».

Los comunistas, por su escaso número y acaso también porque no creyeron que valiese la pena, resolvieron abstenerse de intervenir para evitar el conflicto. En opinión de Stalin, era hasta posible que esos conflictos de raza terminaran por servir la causa de la revolución social, que era lo que a ellos les importaba. El caso es que las masacres de armenios se llevaron a cabo de acuerdo con el programa. Los mahometanos bien armados se reunieron en las esquinas de donde procedieron a invadir el barrio de los armenios. Estos los recibieron con una lluvia de agua caliente y de alquitrán. Sin embargo, las bajas no pasaron de algunas centenas.

Stalin se aprovechó de estos conflictos de una manera muy original. Había en medio del barrio mahometano algunos armenios ricos que tenían allí su residencia, al igual que había mahometanos ricos que vivían en el barrio ar-

menio. Naturalmente estas gentes eran las primeras que se exponían a un ataque. Stalin, como jefe de un cuerpo de bolcheviques armados y organizados en forma militar, estaba en situación de protegerlos. Así fué como en medio del conflicto se apareció en aquellas residencias ofreciendo protección a sus habitantes a cambio de una contribución en dinero para los fondos del Partido Comunista!

Stalin con sus amigos se presentaba de repente en casa de uno de esos ricos comerciantes armenios en el corazón del barrio mahometano, y después de describirle en forma espeluznante los horrores que debían sobrevenir, le ofrecían transportarlo a él con su familia a una zona bien protegida de la ciudad, donde no tendría nada que temer. El pobre hombre aceptaba, naturalmente. Y luego Stalin se iba corriendo por en medio de una lluvia de balas a ofrecer iguales servicios a algún rico mahometano en medio del barrio armenio. Lo curioso fué que ninguno de sus protegidos tuvo nada que sufrir, y que el Partido Comunista, al fin de la masacre, resultó más bien provisto de fondos que todos y con amigos en ambos bandos!

Cuando se puso fin a los desórdenes con ayuda de los Mencheviques, el gobernador Gryasnov comenzó una época de persecuciones de lo más violento. Los cabecillas fueron encarcelados, deportados, azotados. Muchos caudillos fueron fusilados en el secreto de la prisión y no quedó atropello por cometer. Para los jóvenes bolcheviques, Gryasnov era la personificación de la tiranía. Sabiendo que no podría eliminársele con la anuencia de San Petersburgo, el comité revolucionario resolvió quitarlo de en medio por métodos terroristas, esperando además que su muerte haría revivir el espíritu revolucionario.

Los conspiradores se reunieron en una pequeña taberna de extramuros, y en silencio procedieron a discutir los detalles del atentado, a preparar las bombas y arreglar hasta los más pequeños detalles. Luego echaron suertes para ver quién debía llevarlo a ejecución. A un joven novicio le tocó en suerte la prueba suprema, al camarada Djordjashvili. Los demás fueron en silencio a estrecharle la mano. Entonces Stalin tomó la palabra y dijo:

—La muerte de Gryasnov es un asunto demasiado importante para confiársela a un hombre solo. Si le falla el

pulso o se anticipa en algunos momentos, todo puede fracasar.

Y pidió que se le permitiera acompañar a Djordjashvili, lo cual le fué concedido sin demora.

Días después dos obreros con unos envoltorios donde parecían llevar sus útiles de labor iban por la Bariatinskaya y se detenían frente al palacio del gobernador, entonando una canción popular y como buscando sus herramientas. En este instante se abrían las puertas del palacio, y Gryasnov salía a dar su paseo cotidiano. De pronto se sintió una explosión, y en medio de una nube de humo desapareció la persona del gobernador. Los cosacos corrían aquí y allá. Luego se vió a un hombre que corría en dirección al Parque Alejandro y escalaba la muralla. Los guardias lo siguieron dando gritos.

Stalin, entretanto, miraba tranquilamente la escena y hasta aparentaba el horror que causan los hechos sangrientos a un pacífico ciudadano. La persecución no se detuvo hasta alcanzar al fugitivo, que fué traído atado de pies y manos. La muerte de Gryasnov trajo aparatosas manifestaciones de condolencia de los príncipes y de la burguesía de Tiflis, y grandes clamores por la sumaria ejecución del asesino. El joven Djordjashvili fué sentenciado a muerte esa misma noche y ahorcado al amanecer del siguiente día (1).

El asesinato de Gryasnov trajo una fuerte reacción con las consiguientes persecuciones. Los comunistas tímidos desaparecieron, y falto de dinero y de partidarios, Stalin hubo de hacer enormes esfuerzos para mantener con vida el Partido en el Cáucaso. Todos los partidos se entusiasmaron con la Duma y buscaron sus ventajas en la política. La Conferencia Comunista de Estocolmo aprobó medidas extremas para impulsar la revolución; pero los medios no respondían a su planes. Se hacía necesario tomar resoluciones enérgicas para recuperar el terreno perdido, y esto

---

(1) Es imposible presentar prueba documentada de la participación de Stalin en el asesinato de Gryasnov; pero se cree generalmente que tuvo parte en él. En los centros políticos lo más que se concede es que ayudó a preparar el atentado. Una de mis autoridades para afirmar lo que digo es un obrero de Tiflis que presenció el incidente, y que declara que reconoció a Stalin, conocido entonces por el nombre de Koba, y que le vió junto a Djordjashvili.

fué lo que se puso a estudiar Lenin en su destierro. Eran planes muy extraños y curiosos, en cuya ejecución Stalin había de tener parte preponderante.

UNA CAMPAÑA DE EXPROPIACIONES.

Los años de 1907 y 1908 llevaron al pináculo la reacción post-revolucionaria en Rusia. Pero aun antes, en 1905-06, el partido bolchevique fué el que más tuvo que sufrir. Sus jefes principales fueron desterrados o mandados a presidio, y el propio Lenin fué obligado a salir del país. La peor dificultad para el partido estaba en la falta de fondos, pues no se podía llevar adelante la propaganda, ni ayudar a un camarada a escapar de Siberia o reclutar nuevos adeptos. Lenin vivía en París, y era tal la miseria que sufrían él y sus compañeros que es fama que entre él y Trotsky sólo disponían en común de un par de botas que se calzaban por turno los días de fiesta. En otro tiempo obtener dinero para el Partido había sido cosa relativamente fácil; era relativamente sorprendente ver cómo muchos magnates de la industria contribuían periódicamente con gruesas sumas para la campaña que había de abolir el capitalismo! Gorki, el millonario Morozov, Chicherin y Krassin estaban entre los contribuyentes habituales. Después de la revolución todo cambió. Morozov se suicidó, otros protectores del Partido fueron mandados a Siberia, y hasta Krassin, el «ministro de hacienda» del Partido, se encontró arruinado.

Cuando Lenin buscaba en su meollo el medio de conseguir fondos, fué cuando Krassin sugirió la curiosa idea de casar a los comunistas jóvenes y bien parecidos con herederas de millonarios. Así fué como Ignatiev se casó con la hija del rico industrial Schmidt de Moscú, y luego le entregó toda la dote al Partido. Pero cuando el comunista Viktor se resistió a hacer lo mismo después de casarse con otra ricacha, y fué menester amenazarlo de muerte para que soltara la bolsa, el Partido se reunió a discutir otros medios. Lenin le propuso a Krassin volver al viejo y socorrido sistema de falsificar billetes rusos; el plan, sin embargo, llegó a conocimiento de la policía berlinesa, y con dificultad se consiguió apagar el escándalo.

El único método práctico fué obra de Lenin. Este decidió al fin recurrir a los *Exes*. Este nombre significaba *Expropiación de la Propiedad Privada;* en lenguaje llano, el asalto de bancos y casas de comercio y oficinas del estado para procurarse fondos. La dificultad estaba en hallar gente capaz de llevar a la práctica la idea en forma eficiente. El único hombre que podía dirigir tal empresa era Stalin, y éste la aceptó sin vacilar. Todo lo que exigió fué que se le dejara escoger sus hombres, lo que naturalmente se le concedió al instante. En tal forma comenzó un período heróico en la vida de Stalin—la Campaña de los Exes.

Con el nombre de guerra de *Koba*, el ex-seminarista de Tiflis se convirtió en el más notorio bandido del Cáucaso —una hazaña nada común para un país que es la mapa del bandidaje!—Su pandilla era conocida en los círculos revolucionarios como el grupo de los Activistas de Transcaucasia; aunque el común de las gentes no sabía distinguirlos de las demás partidas que infestaban el Cáucaso. Pero Stalin impuso una estricta disciplina a su gente, y se dispuso a desempeñar el papel de merodeador al estilo oriental. Las cualidades que demostró en esta empresa son suficientes para probar que el sombrío y taciturno fanático del Partido tenía en sí la madera de que se formaron los antiguos fundadores de dinastía asiáticas, y que había de colocarles un día a la cabeza de una de las potencias mundiales.

Una de las hazañas realizadas por Koba y su banda fué el asalto al cajero del Banco del Estado de Rusia, oficina de Tiflis. Este loco y sangriento complot fué preparado por las tres cabezas más fuertes del Partido: Lenin, Krassin y Stalin. Se dice que el primero confeccionó por su propia mano las bombas que se usaron en el asalto. Krassin transmitió a Koba la fecha de salida de la fuerte remesa de dinero de San Petersburgo, y desde ese momento los agentes del Partido no perdieron ya de vista al convoy en que viajaba. Un bolchevique analfabeto, el armenio Kamo, hombre fiel como un perro y bravo como un león, fué el encargado de seguir la huella de los fondos consignados al Banco de Tiflis.

A las 8 de la mañana del 13 de Junio de 1907, *Kamo* (Ter Petrosian) y *Koba* (Stalin) se juntaron en la taberna Tilipuchuri, cerca del Seminario. Ambos eran lobos del

mismo pelo: taciturnos, resueltos y fieles a la consigna. Sus bolsillos estaban llenos a reventar con bombas de mano; pero esto no les impedía beber y charlar alegremente. Cerca de las 9 y media, dos mujeres se detuvieron a la puerta de la taberna, y una de ellas sacó un pañuelo del bolsillo. Era la señal convenida: «El inspector de correos León acaba de entregarle el paquete con el dinero a Kurdyukov, el cajero del Banco, y a Golovnya, el contador! Koba y Kamo se separaron inmediatamente y se fueron a alistar a sus compinches.

Un carruaje venía a paso corto por la Perspectiva Golovinsky, y torcía en ese momento por la plaza Erivan en dirección a la calle Zololak. Dentro del carruaje iba el cajero Kurdyukov, acompañado del contador, y llevando el paquete sobre sus rodillas. En otro carruaje que seguía iban varios oficiales bien armados, y sirviéndoles de escolta, un piquete de cosacos con bala en boca. Al enfrentar la casa del príncipe Zumbatov, se les arrojó una bomba desde el techo, la cual fué a reventar entre las ruedas del primer coche, destrozándolo completamente y lanzando por las puertas a sus dos ocupantes horriblemente mutilados. Al punto se produjo el pánico entre los transeuntes. La gente corría dando gritos, algunas mujeres se desmayaban; los niños lloraban de miedo. Mientras tanto los cosacos disparaban sus armas un poco a la ventura.

Cosa extraña, los caballos del primer carruaje en que iba el dinero, no habían sido tocados por los proyectiles y se disparaban en este momento calle adelante. Un hombre les salió al paso y lanzó una bomba a su encuentro. La explosión fué ensordecedora; los animales rodaron por el suelo. Entonces se vió llegar a un jinete con traje de oficial, inclinarse sobre los escombros del carruaje, que ardían, y volver a alejarse al galope, llevando el paquete con el dinero, y disparando tiros en dirección a los cosacos. La dispersión fué instantánea a su paso. El jinete desapareció tras una esquina. Toda la escena no había durado más de dos minutos. El hombre que había disparado las bombas era Koba (Stalin); el jinete que huyó con el dinero era Kamo.

El asalto causó una tremenda sensación pública y en los círculos de gobierno. De resultas del golpe había un

centenar de muertos o heridos. Como siempre se comenzó a investigar con gran actividad, para perderse pronto en conjeturas. La policía no dejó de sospechar que Stalin tuviera parte en el atentado; pero no se le pudo probar nada.

Los conjurados fueron a reunirse esa misma noche en la aldea de Dushet, a algunos kilómetros de Tiflis, y se pasaron deliberando hasta la madrugada en busca del mejor medio de ocultar el dinero mientras se aquietaba a sus perseguidores. Al fin dieron con uno que les pareció satisfactorio.

Había en Tiflis un solo hombre acaso que no había oído hablar de los comunistas y de sus hazañas; era el director del observatorio astronómico, un buen viejo que se pasaba sus noches pegado a su anteojo o haciendo cálculos y que rara vez salía de su encierro en el día. Stalin resolvió cobijarse bajo la reputación del sabio, y allá fué Kamo la misma noche, y penetrando en su dormitorio, escondió el paquete con el dinero dentro del colchón. Abstraído en su problemas siderales, el inefable astrónomo ni siquiera se dió cuenta de que su cama estaba un poco más dura que antes; y cuando los conjurados creyeron pasado todo riesgo no tuvieron más que venir por el dinero que habían dado en custodia al sabio.

No quedaba más que una dificultad. La remesa de dinero se había hecho en billetes nuevos de 500 rublos, por un total de 341,000 de series numeradas consecutivamente y cuyos números quedaban registrados en la oficina del Banco en San Petersburgo. El ingenioso Krassin llamó en su ayuda a una camarada comunista conocida como *Fanny la blanca*, y ésta enmendó en forma impecable la numeración de los billetes. Ignatyev pudo pasarlos casi todos sin dificultad. Solamente una partida de ellos que se había enviado a París fueron confiscados por la policía francesa, la cual puso en aprieto al agente comunista, persona bien conocida por el nombre de «Padrecito» dentro y fuera de la colonia. Seguramente hoy no sería muy diplomático recordárselo a Padrecito, porque se trata nada menos que del ministro de relaciones exteriores del Soviet, camarada Litvinov.

Allá a principios de 1907, Stalin llevó a cabo otras hazañas dignas de ser contadas. Un buen día se presentó en

la trastienda de un rico comerciante georgiano, el señor T., un judío de aspecto tímido y débil apariencia, diciéndole que le traía una carta del jefe de los Activistas, Zoso Djugashvili—nuestro conocido Stalin. El señor T. había oído hablar del tal, aunque sus referencias no eran muy recomendables desde su punto de vista de honesto comerciante en telas. Sin embargo, por cumplir con las leyes de la hospitalidad, abrió una botella de vino de Georgia y festejó como se debe al enviado de Stalin.

La carta del jefe de los Activistas del Cáucaso estaba concebida en términos muy comedidos, pero firmes. Se limitaba a declarar que él, el camarada Koba, estaba dispuesto a prestar su protección al comerciante T., a condición de que éste le entregara cada semana el total de las entradas de un día. En caso contrario, se vería en el caso de aplicarle medidas disciplinarias por el bien del Partido. Y para hacer más vívido su argumento, la carta terminaba con un croquis de lo que podría ocurrir, en que figuraban dos bombas con las mecha prendidas, un ataúd, un cuerpo destrozado y dos dagas cruzadas!

El señor T., se molestó bastante, quejándose de su suerte de que tenía que pagar contribuciones muy pesadas, aparte de la coima de la policía y lo que daba para fines caritativos. Total, que se lo llevaban todo. Otra cosa, ¿quién le aseguraba que otros desalmados no vendrían a exigirle nuevos tributos? El mensajero judío ofreció comunicar todo esto a su jefe; pero como tenía otros mensajes que despachar, se excusó de seguir discutiendo la situación.

Stalin resolvió tratar en persona con el señor T., y acompañado de cuatro de sus hombres bien armados, apareció por la tienda. Se les recibió como a cualquier huésped de honor, con vino y cordero asado. La conversación tomó pronto un giro práctico. Todo se arregló con la promesa de que Stalin haría todo lo que estuviera de su mano a fin de que ningún otro terrorista pretendiera molestar al señor T. El arreglo quedó terminado y resultó satisfactorio por algunos meses. Otro tanto ocurría con otros comerciantes de Tiflis. A ninguno se le habría ocurrido delatar la extorsión a las autoridades, pues para un buen oriental las autoridades no son otra cosa que extorsionistas legalizados.

Pero un mal día el hijo del señor T., volvió a Tiflis, y al

imponerse del convenio establecido con la banda de Activistas de Koba, protestó violentamente, y juró que él se entendería con los nuevos recaudadores de contribuciones. La próxima vez que se presentó el enviado de Stalin, el joven T. le notificó que no habría más dinero para ellos. Stalin recibió la noticia con un amenazador signo del entrecejo, y después de dejar pasar algunos días para que los empecinados comerciantes meditaran en su culpa les envió cuatro mensajeros con la orden de pagar las sumas atrasadas, más mil rublos de multa. En respuesta a este mensaje, una docena de policías salieron de su escondite, y tras los golpes reglamentarios, se llevaron presos a los Activistas.

Días después, Stalin en persona se presentó a la puerta del señor T. Dejando un par de revólvers sobre la mesa, le habló al dueño de casa de esta manera:

—Yo tuve confianza en ti—le dijo—, y me has pagado echándole la policía a mis hombres. En el subterráneo de tu casa tienes varios jarros llenos de monedas de oro. Anda a buscarlos, entrégamelos y te lo perdonaré todo.

Tras muchos argumentos el señor T. convino en pagar en cambio de los jarros, mil rublos en dinero, dos trajes completos, tres sobretodos y cinco pares de botas. Era en invierno y los Activistas andaban muertos de frío.

Apenas había Stalin guardado el dinero y ganado la puerta de calle, cuando el oficial de policía Ossipov con varios hombres de tropa se le vino encima y lo llevó amarrado para el cuartel. El hijo de T., sin conocimiento de su padre, había llamado fuerzas en su auxilio. Al día siguiente los señores T. se arrepintieron de declarar en contra de Stalin, movidos quién sabe por qué consideraciones de prudencia, y como éste se negó a confesar cosa alguna, el jefe de policía sólo pudo obtener una sentencia de relegación contra Stalin. Se le mandó a Solvychegorsk, en Siberia, de donde escapó al año siguiente.

Esta no fué por cierto la única aventura de Stalin con los comerciantes de Tiflis. No importa cómo y dónde guardaran éstos sus cofres, la banda de Activistas se daba cuenta de todo, y la petición de dinero llegaba en forma más o menos enérgica. Entre los que le ayudaban a investigar las condiciones financieras del gremio mercantil, se hallaba la esposa de un comerciante alemán de Tiflis, María

Arensberg, a quien había hecho su querida. Las relaciones comerciales del marido le permitían informar a Stalin con datos seguros sobre la situación monetaria de cada uno. En tal forma, aun en asuntos de faldas Stalin hallaba modo de servir a la Causa. Ni el mismo Lenin podía exigir más!

Entre los colaboradores de los Activistas en el Cáucaso se contaba el famoso georgiano Lashkarishvili, el más noble y bravo de los terroristas. Flaco como un buitre, de miembros de acero y un valor temerario, Lashkarishvili poseía además un cerebro de primer orden y un gran corazón. Cuando no iba por las montañas armonizando las diferencias entre familias o socorriendo a los necesitados, se ocupaba en sacar tributo a los propietarios ricos o en secuestrar a los propietarios de pozos de petróleo. En cierta ocasión Stalin, Lashkarishvili y un comunista conocido por el nombre de Ivanov se concertaron para robar en un Banco en un pueblo del distrito cosaco. La aventura fué memorable, pero no precisamente por sus beneficios. Una vez que Stalin y sus compañeros hubieron entrado al Banco, dieron orden de cerrar las puertas, colgaron fuera un letrero en que se anunciaba que la oficina estaría cerrada por algunas horas, y se pusieron a recoger los billetes que encontraron a mano, no sin mostrar antes al cajero un puñado de bombas, a cuya vista el pobre hombre se quedó paralizado de terror.

Los tres asaltantes escaparon sin contratiempo y partieron en diferentes direcciones, después de convenir en reunirse en una choza apartada que les servía de alojamiento. Stalin llegó a ella primero y no hallando otro sitio más a propósito, escondió el fajo de billetes en la estufa. Luego, como no llegaran sus compañeros, salió en su busca; y cuál no sería su sorpresa al regresar cuando vió que Lashkarishvili se calentaba ante un buen fuego que había prendido inocentemente sobre los billetes del Banco cosaco! Sin pensar en el daño que iba a causarse, Stalin metió la mano al fuego y sacó los restos del fajo; pero sólo alcanzó a salvar un solo billete de quinientos rublos, y esto ya muy retostado.

En otra ocasión les tocó robar la caja del tesoro de los ferrocarriles en un tren de carga que traía una gruesa suma de dinero. En connivencia con algunos empleados de la

Línea, Stalin y sus compañeros lograron esconderse en el furgón de equipajes. De allí pasaron al departamento del tesoro, maniataron y amordazaron a los guardas, y tras una labor penosísima, consiguieron abrir un forado en el fondo del coche y arrojar por allí el dinero, dejándose caer ellos en seguida, poco antes de que el tren llegara a una ciudad del tránsito. De las cuatro talegas con oro, Lashkarishvili recuperó dos. Las otras dos y el camarada Ivanov desaparecieron.

Sólo doce años más tarde, en pleno régimen soviético, Lashkarishvili le oyó decir a un vecino de Gori que en las cercanías vivía un señor forastero que había comprado una propiedad abandonada y la había convertido en poco tiempo en un hermoso jardín. El viejo terrorista tuvo curiosidad por conocer al propietario. Se encontró con un anciano de imponente barba blanca y aire muy digno, bajo todo lo cual no dejó de reconocer a su antiguo cofrade.

—Buen día, camarada Ivanov—le dijo sin alterarse, saltando de su caballo.

El mismo día Ivanov desapareció, y sólo Lashkarishvili y sus familiares podrían decir el fin que le tocó en suerte.

En cuanto al viejo terrorista, al estallar la revolución de 1917, tomó partido con los moderados o Mencheviques y hubo de refugiarse en las montañas, tras realizar actos increíbles de heroísmo y de bravura. Stalin se abstuvo de perseguirlo. Stalin es un amigo fiel.

LOS AMIGOS DE STALIN.

Son pocos los que pueden jactarse de ser amigos de Stalin. Un conspirador debe ser muy prudente en la elección de sus íntimos, y nadie se ha dado tan bien cuenta de este principio como el archi-conspirador Koba. Stalin no es inclinado por naturaleza a hacerse de amigos, y sólo algunos bien probados compañeros de armas gozan de su confianza. Pocos son los que sobreviven de aquellos tiempos; pero todos los que han sido sus amigos pueden dar testimonio de la sólida amistad de que Stalin es capaz. Con este estrecho círculo de amigos Stalin se muestra afable, alegre y hasta dicharachero. Solamente a ellos les

muestra ese aspecto caballereso de su naturaleza que le oculta a todo el mundo.

Stalin tiene a la fecha cincuenta y dos años. No más de diez personas pueden decirse sus amigos hasta hoy. Si uno de sus amigos cae enfermo, Stalin le manda veinte libras de mantequilla y diez libras de miel, con un papelito que dice: «Cómete esto y recobra la salud. El Partido te necesita»! Stalin, que nunca gozó de los refinamientos de la civilización, no sabe de cosa más delicada que la miel y la mantequilla. En caso de que la medicina falle, entonces llama a la flor y nata de la ciencia médica rusa y les ordena mejorar a su amigo en el plazo de diez días. Los médicos no se atreven a contradecirle, y en diez días declaran que su amigo está ya bien... aun cuando en una quincena más deban declararlo enfermo otra vez. Esto les está permitido.

Stalin no tiene vicios. De vez en cuando invita a sus amigos a su casa. Un barril de vino añejo de Georgía está a su disposición. Stalin bebe poco; su vida de conspirador no le permitió confiarse a la botella; pero gusta ver a sus camaradas disfrutar de la hospitalidad tradicional. Con ellos bebe dos o tres vasos de vino y goza alternando en la tertulia íntima. Sus amigos son, sin excepción, caucasianos, georgianos y armenios. Algunos le acompañan desde el viejo Seminario de Tiflis. La mayoría ha ido quedando por el camino, en la marcha de la revolución. Solamente dos o tres sobreviven; pero aun los muertos merecen mención en este libro.

El más antiguo y el amigo favorito de Stalin era el armenio Ter Petrosian, a quien diera el nombre de *Kamo*. Stalin no ha tenido amigo más adicto, y ninguno tampoco que haya hecho una carrera más accidentada. Kamo estaba incondicionalmente a la disposición de su jefe y no había empresa bastante peligrosa para él. Escondido tras una roca, acechaba al pasajero, saltaba sobre él, lo degollaba en un santiamén y le robaba cuanto llevaba encima. Luego se iba y entregaba hasta el último cobre a Stalin. Tras algunos días de descanso en que comía y bebía a su antojo, vuelta a comenzar. Los bandidos del Cáucaso tenían gran respeto por Kamo, y el propio Lenin le había significado toda su confianza.

Cuando la reacción se desencadenó en el Cáucaso y

los bolcheviques tuvieron que huir, Kamo se fué a Berlín, donde había oído decir que había mucha gente rica y donde la policía no usaba los métodos de la policía del Zar. Y como el Partido estaba siempre necesitado de dinero, a Kamo se le ocurrió la peregrina idea de realizar un asalto en forma en las calles de Berlín, tal como habían hecho antes con Stalin en Tiflis. Con tal fin preparó algunas bombas y se dispuso a salirle al encuentro a uno de esos desalmados millonarios, un banquero de nombre Mendelssohn. Con dispararle unas cuantas bombas, partirle en pedacitos y robarle en seguida lo que llevaba en el bolsillo, el Partido estaría otra vez próspero. Ni por un momento se le pasó por el magín al buen Kamo que los millonarios no anduvieran con diez o doce millones por lo menos en la cartera!

Pero la policía olió de alguna manera el complot, se dejó caer en la habitación de Kamo, en la Elsässerstrasse, y se incautó de las bombas y demás efectos. Pero el plan mismo del atentado le pareció tan absurdo a la policía, que no sabía qué hacer con su prisionero. En estas circunstancias, Krassin le aconsejó a Kamo que se fingiera loco. Después de vegetar cuatro años en un asilo para dementes, Kamo fué enviado a Rusia, donde se le cargó de cadenas y se le sepultó en las mazmorras de la ciudadela de Mtekn. Pronto la opinión pública se escandalizó de que se tratara así a un servidor de la idea socialista, y gracias a la influencia de los príncipes de Georgia, se le quitaron las cadenas a Kamo. El mismo día se fugó de la prisión y no fué a parar hasta San Petersburgo, de donde los dirigentes del Partido lo enviaron a París, cerca de Lenin.

Kamo no descansó largo tiempo en el extranjero, pues pronto lo llamó Stalin a trabajar con él en el Cáucaso. En un asalto que diera a una diligencia, y después de degollar a los siete pasajeros que iban dentro, fué sorprendido por la policía rural. Los tribunales lo sentenciaron a muerte; pero el fiscal se compadeció de la simplicidad bestial de Kamo, y se mostró partidario de la conmutación de la sentencia. En conmemoración del jubileo del Zar, se le condenó a veinte años de presidio.

La revolución lo sacó de la cárcel. Primero entró al servicio de la Cheka, o policía secreta del Soviet, y fué

uno de los más eficientes instrumentos en las ejecuciones. Más tarde se le confió el espionaje con los Guardias Blancos (reaccionarios); y un día que iba caminando por una de las calles de Tiflis, un camión lo atropelló y le dió muerte. Stalin lloró al saber la noticia, y ordenó por telégrafo el fusilamiento del conductor del camión.

Otros dos amigos de la época, fueron el armenio Esteban Shaumian y el georgiano Jorge Djaparidze. Stalin sentía gran cariño por ellos y les tuvo por camaradas mientras permaneció en la zona petrolera de Baku. Shaumian era un hombre de cultura, con estudios universitarios en San Petersburgo y Berlín, y había estado a menudo en contacto con Lenín. Su popularidad entre los obreros de Baku era extraordinaria. En 1917, mientras Stalin corría de la Siberia a San Pertersburgo, Shaumian se fué a Baku y por medio de un *coup d'état* se apoderó del gobierno local. Centenares de cabezas cayeron antes de ganar Baku para la Revolución.

Con este motivo Stalin obtuvo para él el nombramiento de comisario plenipotenciario para todo el Cáucaso. Con veintiséis camaradas, Shaumian inauguró un período de terror en Baku y zonas vecinas. Pese a su condición de comunista, no pudieron ellos olvidar su raza armenia y se aprovecharon de estar en el poder para saldar viejas cuentas con los mahometanos. Las matanzas fueron incontables. Pronto los obreros mismos se rebelaron y depusieron a Shaumian y sus ayudantes. El nuevo gobierno de Baku los deportó a todos, con una sola excepción, al Turquestán, donde les aguardaba el gobierno nacionalista. Los veintiséis comisarios del Soviet fueron escoltados al desierto y fusilados en masa. «¡Muero por la Libertad!» gritó Shaumian al enfrentar el pelotón. «Nosotros también moriremos por la Libertad un día u otro», le respondió uno de los oficiales turcomanos. Tal como lo dijo ocurrió, pues al recuperar el poder los bolcheviques no dejaron vivo ni a uno solo de los que podían ser siquiera remotamente culpables de la ejecución de los caudillos comunistas del Cáucaso. «Por años y años, escribió Stalin en esa ocasión, el Oriente tendrá que pagar por las vidas de esos comisarios. Ellos eran la flor y nata del bolcheviquismo oriental.»

El único comisario que escapó de la ejecución en Baku

fué el camarada Mikoyan. Era demasiado joven para hacerle responsable de las tropelías de sus colegas. Pero Mikoyan siguió fiel al comunismo. Echando espuma por la boca corría de una aldea a otra exhortando a los demás a no desertar de las filas del Soviet. Al recuperar Baku y después de hacer una matanza ejemplar y levantar una estatua a los héroes muertos, Stalin llamó a su lado a Mikoyan y lo hizo su secretario. Hoy el joven cabecilla es uno de los más poderosos ministros de Rusia. Por un tiempo no faltaron los enemigos que criticaron su encumbramiento, murmurando que Mikoyan había simpatizado un tiempo con los moderados. Otros llegaron a decir que su salud estaba resentida incurablemente a causa de sus costumbres de *göfter*—que es como llaman los caucasianos a los homosexuales. Stalin puso fin a estas críticas con unas cuantas palabras: «No debe importarnos averiguar si Mikoyan fué un tiempo un reaccionario o un homosexual, o ambas cosas a la vez, sino que debemos juzgarlo por lo que es hoy, un buen revolucionario». Y con esto las murmuraciones acallaron como por encanto.

Entre los viejos activistas que sobreviven debemos mencionar al georgiano Sergio Ordjonikidze quien, con el viejo Yenukidze, es probablemente uno de los pocos hombres que conocen todo el pasado de Stalin. Ordjonikidze fué nombrado presidente de la Comisión Central de Control del Partido Comunista. La C. C. C. recibe directamente sus órdenes de Stalin. En la primera época Ordjonikidze fué un activista en el Cáucaso y pasó mucho tiempo preso o desterrado. Cuando estuvo en Siberia, se casó con una muchacha esquimal, a la cual consiguió educar admirablemente en la doctrina marxista. La unión ha permanecido intacta a través de todas las vicisitudes y encumbramientos, y Ordjonikidze sigue siendo el más jovial y gozador de los jefes comunistas. Por más que como oficial de la Cheka hiciera pasar al otro mundo a buen número de enemigos, este hombre sentimental y enérgico no puede saber la muerte de un lejano pariente en una remota aldea del Cáucaso sin que se le llenen los ojos de lágrimas. Lo cual no quita que desempeñe sus truculentos deberes con la energía de cualquiera de sus camaradas.

Con estos nombres termina la breve lista de los amigos de Stalin. Sus más íntimos asociados no pueden ser lla-

mados sus amigos, y sus relaciones con ellos no van más allá de un apretón de manos cuando han desempeñado bien sus tareas, o de una ruda reprensión en presencia de todo un comité comunista cuando han fallado en su cometido, a juicio de Stalin. Tal les ha ocurrido a Zinoviev y a Kameniev, quienes se creían amigos del dictador y manifestaron la mayor indignación ante lo que ellos tomaron por deslealtad al expulsarles del poder. Y, cosa curiosa, entre los verdaderos amigos de Stalin no hay un solo ruso. Probablemente el hecho de que Stalin sea un verdadero georgiano, es decir, un oriental, explica esta desconfianza del semi-europeo que es el ruso. Sus viejos camaradas le son mucho más simpáticos que todas las lumbreras del Partido, cuya amistad se le brindaría en cualquier momento e incondicionalmente.

EN LOS POZOS DE BAKU.

Por varias razones la gran ciudad asiática de Baku, al borde del Mar Caspio, se convirtió en un centro de conspiración comunista. Baku es, en realidad, el único centro de población considerable en toda la Rusia Asiática que sea al mismo tiempo un gran centro industrial, y debido a las extraordinarias condiciones de trabajo que allí predominan, tenía fatalmente que convertirse en un foco de propaganda extremista.

Con San Petersburgo y Moscú, Baku llegó a ser una de las fortalezas del bolcheviquismo. Su triunfo no fué ciertamente cosa de un día, pues la lucha entre las dos corrientes revolucionarias, la moderada y la extremista, fué aquí más enconada que en ninguna parte. Los Mencheviques hicieron supremos esfuerzos por ganarse a las masas obreras, y visto que éstas estaban formadas en su mayoría por asiáticos y eurasianos del Cáucaso, la lucha debía asumir caracteres bárbaros de violencia. La propaganda comunista se extendía de los campamentos obreros junto a los pozos de petróleo hasta los barrios miserables donde vivían los obreros de las refinerías urbanas. Tampoco aquella se detenía en los arrabales, sino que llegaba hasta el mismo centro de Baku, donde en soberbia mansión vivía un misterioso personaje, Leonidas Krassin.

La policía tenía sus sospechas sobre el pasado de tal magnate, pero nadie se atrevía a tocarlo.

En tanto que Stalin era el maestro de las hazañas de fuerza y audacia, Krassin no tenía igual en el arte de dirigir las maquinaciones revolucionarias en el mayor secreto, sin vacilaciones, pero con suma prudencia y dignidad. En los años que precedieron a la revolución de 1905, Krassin consiguió instalar y equipar una imprenta completa en un subterráneo de Baku, y de allí salían los folletos y las hojas de propaganda que se esparcían por todas las Rusias. Los originales de Lenin llegaban en hojas diminutas, en reducciones fotográficas imposibles de leer a la simple vista, para ser ampliados y puestos en tipo de imprenta por el camarada Yenukidze, quien pasó con algunos ayudantes tres años enteros haciendo vida de topo en un subterráneo por servir la causa de la revolución.

La posesión de materiales de imprenta en Rusia era algo que hacía sospechosa a la gente a la legua. Con característica sagacidad, Krassin dispuso que las prensas y demás útiles de la imprenta revolucionaria fueran llevadas a Baku en pleno día y a la vista de todo el mundo. Esto mismo despistó a la policía, que no pudo imaginarse que la movilización de esos materiales bajo sus narices pudiese significar ningún fin condenable. Gracias a la ayuda de Krassin, Baku llegó a ser un centro de primer orden para el comunismo. El gobierno ruso ayudó a esto con su torpe policía de relegar revolucionarios al Cáucaso. La víspera de la revolución de 1905, los obreros de la Empresa de Fuerza Eléctrica, los cargadores de los muelles y los trabajadores de la zona petrolera se declaraban comunistas, y cuando vino el triunfo, los jefes de la propaganda y el propio Krassin se fueron a Moscú.

En 1907 la situación cambió; los Mencheviques estaban ahora en mayoría, y los comunistas eran expulsados de Baku. A fin de evitar que el Partido perdiera sus posiciones, se resolvió que el camarada Koba-Stalin se hiciera cargo de la dirección de los trabajos en la zona petrolera, y con tales miras éste se fué a instalar a Baku. Su plan era sencillamente emplear una vez más su táctica favorita de acción: atacar a los mencheviques, arrojar bombas contra la policía, estrujar dinero de los ricos

industriales, y ganarse la confianza de los *Kochi*, o caciques locales.

Sus camaradas Shaumian y Djaparidze abogaban en cambio por la propaganda escrita. El primero había redactado un manifiesto, y no hallaban dónde imprimirlo. Todas las imprentas secretas estaban en poder de los Mencheviques, y en cuanto a las imprentas privadas, sus propietarios sabían muy bien que su colaboración podía costarles algunos años de destierro en Siberia. Stalin propuso entonces un plan, original y audaz como todos los suyos: imprimirían el manifiesto en la imprenta oficial, que dependía del jefe de policía, coronel Martynov, y en tal forma mataban dos pájaros de un tiro, porque este Martynov era el mismo que había conseguido la primera relegación de Koba a las regiones polares. Nadie supo cómo Stalin llegó a realizar su plan, pero es el caso que pocos días más tarde la ciudad y los campos petroleros quedaban inundados por un torrente de hojas impresas en papel del gobierno!

La consternación fué grande en las esferas oficiales, y más aún en los centros mencheviques de Baku. Muchos espíritus inquietos entre ellos se sentían con frecuencia tentados a pasarse a los bolcheviques con la promesa de tener pronto botín. Los cabecillas de uno y otro grupo estaban siempre a punto de irse a las manos, lo cual no impedía que al hallarse juntos en la cárcel se unieran en contra de las autoridades, el enemigo común. Pero, entretanto, los jefes mencheviques de Baku no tenían empacho en declarar: «Nosotros procuramos evitar a Stalin con mucho más cuidado que a la policía del Zar.»

Los moderados creyeron crear una prevención en los obreros de Baku en contra de Stalin, por medio de la relación de sus tropelías en Tiflis y en el Cáucaso; pero esos sencillos y primitivos orientales venidos del Dahestán y Azerbaiján, concibieron, por el contrario, una ardiente admiración por aquel hombre que había sido capaz de desbalijar caminantes e imponer un tributo a los ricos de Tiflis! Esto, sin embargo, no hacía avanzar un paso a Stalin con los obreros rusos de los campos petroleros, individuos que estaban bien organizados y podían mirarle como un advenedizo. Para ganarse su confianza Stalin discurrió enredar en un despojo por el estilo de los

que antes acostumbraba, a unos cuantos mencheviques del distrito, y cuando se produjo el escándalo, se presentó ante la asamblea y condenó con enérgicas frases los procedimientos inescrupulosos de ciertos sedicentes revolucionarios! Y como hizo su arenga en ruso, los obreros de esta nacionalidad quedaron muy bien dispuestos para con él, mientras que los peones de origen asiático no llegaron a darse cuenta del nuevo punto de vista de su héroe...

Stalin en compañía de Shaumian, fundó dos periódicos, *El Obrero de Baku, y El Proletariado de Baku*. Aleccionado por las persecuciones de que había sido objeto hasta entonces, Stalin se mostró cada vez menos en público, y terminó por dejarse ver raras veces en su propio escondite. Sólo en casos en que los cabecillas montañeses venían a consultarle, los recibía en su oficina editorial, les hablaba a cada uno en su propio dialecto, y les prometía la ayuda necesaria. Convencido de que su cara de rasgos brutales y marcada por la viruela hacía una mala impresión en las asambleas, resolvió sustraerse al exhibicionismo y concentrar sus energías en el manejo de todos los hilos de la acción revolucionaria, confiando a sus satélites los puestos de acción inmediata.

Al igual de un general abstraído en sus cálculos estratégicos, el jefe comunista llega a la abstracción doctrinaria, en que el hombre es poco más que una sombra sobre la cual aplicar sus teorías. Stalin cifra todo su orgullo en no haber sido nunca procesado, en no haberse dejado nunca sorprender infraganti. Durante este período solía desaparecer de Baku con sus Activistas, en ocasiones en que los obreros de Batum necesitaban rehacer sus fondos, o cuando los odiados mencheviques estaban molestando demasiado en alguna parte. Solamente al tenerse noticia de alguna sonada «expropiación» en cierta parte del Cáucaso o al oír las lamentaciones de los mencheviques, los demás se daban cuenta de que Stalin andaba haciendo de las suyas. Luego se le veía llegar más taciturno que antes a reanudar sus actividades secretas.

Pero no pasó mucho tiempo sin que Stalin volviera a caer en las garras de la policía. Con ocasión de un sangriento encuentro en las vecindades del puerto, fué sorprendido entre los atacantes y metido en la prisión. Esta vez la cosa iba de veras, y había de pasar mucho tiempo

antes de que volviera a recuperar la libertad. Este período en la cárcel de Baku permite estudiar a Stalin dentro de la vida ordinaria, en relación con sus semejantes, muchos de los cuales no eran bolcheviques. Y en las páginas que siguen tendremos oportunidad de verlo en su calidad de presidiario, de sorprenderlo fuera de guardia, como quien dice, a través de los recuerdos de sus compañeros de cárcel.

LA PRISION DE BAKU.

En el suburbio de Bailov, levántase la cárcel de Baku: una larga construcción de dos pisos con ventanas enrejadas y sombría apariencia. La rodean las altas bombas petroleras, fábricas y campamentos obreros. El edificio estaba planeado para una población de cuatrocientos reos; pero el año 1909 contenía mil quinientos. Este mismo exceso hacía imposible tenerlos encerrados en celda aparte, y los reos políticos se mezclaban en los corredores y escaleras con rateros y ladrones comunes. De esto resultaba que el sitio más apropiado para estudiar las ideas revolucionarias y formar nuevos adeptos era una prisión del estado, ya que no habría sido lógico castigar por la expresión de sus ideas a hombres que estaban precisamente por ello en la cárcel. Debates, conferencias, lectura de folletos y manifiestos introducidos clandestinamente en la cárcel, eran las actividades favoritas de la sección política de la cárcel de Baku.

Como era corriente que muchos reos al ingresar a la prisión pidieran las prerrogativas del condenado político, los funcionarios del establecimiento habían adoptado el sistema de dejar a los de esta sección la iniciativa de adoptar o rechazar al recién llegado. Una comisión especial de los reos los sometía a examen y resolvía sin apelación acerca de su destino. Un día se les presentó un sujeto misterioso, alto, picado de viruela, al que se suponía vagamente culpable de cuanto crimen era posible imaginar. Llevaba una camisa azul sin cuello, y ceñía un cinturón de cuero. Sobre los hombros se arrollaba un *bashlik* de tela de color, a la manera del Cáucaso. Su apariencia era la de un hombre debilitado por las privaciones; su

paso elástico y leve como el de un felino; y su manera reservada, impenetrable.

Aunque rehusó dar su nombre, insistió desde el primer momento en que se le colocara en la sección política. Sin esperar la decisión del comité, pasó luego a una de las celdas de los comunistas, donde se le dió una cordial bienvenida. A las insistentes preguntas de los mencheviques, los extremistas tuvieron al fin que confesar que su huésped era nada menos que el camarada Koba, Stalin.

Por esa época, Stalin sentía más odio hacia los mencheviques que contra los propios esbirros del Zar. No podía perdonarles sus éxitos en el Cáucaso, y su afán dialéctico. «Quienquiera que discute como un menchevique o interpreta a Marx en un sentido diferente que el de Lenin y el Comité Central del Partido, es un canalla y un traidor!» era su conclusión habitual. Nunca se le veía mezclarse en los chismes corrientes de la prisión, prefiriendo con mucho la lectura o la continuación de debates sobre el credo comunista que había interrumpido en otro tiempo con reos de larga condena. Stalin tiene grandes dotes dialécticas, y sus abundantes citas de Marx y de Lenin dejan con la boca abierta a las gentes sencillas que le oyen. Pero él con mucho prefiere dirigir una discusión pública, animando a sus partidarios e incitándolos, en caso de creerlo oportuno, a terminar los argumentos con una andanada de golpes.

Es hasta hoy famoso un debate que organizó en la cárcel de Baku a propósito de la cuestión agraria. Todos los partidos, incluyendo a los anarquistas, estaban representados en la asamblea, bien que el papel preponderante se lo hubiesen asignado los miembros del partido Social-revolucionario. El orador del grupo, Iliko Kartsevadze, había hecho gran derroche de erudición, lo que molestó sobremanera a Stalin. Con una sola señal del entrecejo le indicó a Ordjonikidze lo que tenía que hacer, y éste, levantándose de su asiento derribó al orador de un solo golpe a la mandíbula. Y Stalin cerró el debate con esta declaración: «Todo está permitido contra los enemigos de la Causa!» Lo que no impidió que al día siguiente el fiel Ordjonikidze fuera golpeado hasta dejarlo sin sentido, por parte de los amigos de Kartsevadze. En cambio

hoy día el amigo de Stalin es uno de los hombres más poderosos de Rusia.

La vida en la prisión va creando un extraño sentimiento de camaradería entre los reos. En la incesante monotonía de su existencia, esos hombres sienten la imperiosa necesidad de comunicarse entre sí, y mucho más en una cárcel como la de Bailov, donde reinaba la más intensa promiscuidad. Pero Stalin fué una excepción. En raras ocasiones se dignaba dirigir la palabra a sus compañeros, ni aun a los bolcheviques que había entre ellos, y por lo común terminaba con alguna salida amarga de sarcasmo. Solamente su temible reputación era capaz de evitar que los demás reos políticos lo llamaran a cuentas por su extraordinaria conducta.

El pasatiempo invariable de Stalin era la lectura de Marx y de Lenin, que le absorbía a toda hora, tendido en algún rincón, sobre una tarima o un montón de paja. Como una variante de sus estudios solía entregarse al estudio del Esperanto, con miras a aquella fraternidad universal de los pueblos que le había inspirado Marx y de la que había de desengañarse más tarde. Hasta hoy día Stalin no habla ninguna lengua extranjera, salvo el ruso, que nunca ha podido dominar completamente. El georgiano, el ossete y los dialectos del Cáucaso son todo su repertorio.

Si Stalin rehuía a los presos políticos, en cambio se complacía en ir a mezclarse con los criminales ordinarios que ocupaban la otra sección de la cárcel. Su gusto por la acción y por los actos de audacia era sin duda lo que le empujaba en esa dirección. Los bandidos, *souteneurs* y demás pájaros de cuenta sentían admiración y respeto por este hombre, el único entre los presos políticos que era comprensible para ellos. Los compañeros de Stalin terminaron por darle el apodo de *Kochi* de la Cárcel de Bailov. Kochi indica a un capitán de salteadores en el Cáucaso, y el título parecía complacer al camarada Koba.

El año 1909 se recuerda con horror en la prisión de Baku. El Terror Blanco estaba en su apogeo, y a menudo entraban los guardias y sacaban arrastras a un reo para fusilarlo dentro de los muros de la cárcel. Un terror contagioso, unas tremendas explosiones de histerismo sobrecogían a aquella masa de hombres, y la cárcel entera tem-

blaba con sus alaridos. Sólo Stalin entre todos mantenía su estolidez, su calma siniestra. En la eterna monotonía de esa existencia, los reos discurrían pasatiempos salvajes, bromas brutales, y una de las favoritas era la de «sacar de sus casillas» a cualquiera de los compañeros. El asedio se mantenía implacable por días y a veces meses seguidos, hasta poner medio loco al infeliz. Stalin únicamente hacía fracasar cualquier empeño de esa índole que se propusieran en su contra.

Su antiguo don de azuzar a unos hombres contra otros le sirvió en varias ocasiones en la cárcel de Bailov. Cierto día un joven georgiano fué atacado por sus compañeros hasta dejarle convertido en algo informe y sangriento. Mientras tanto, Stalin leía imperturbable apartado del tumulto. Se dijo que el muchacho georgiano era un espía; pero de ordinario los que se hacen sospechosos de espionaje en la cárcel, son juzgados por un tribunal ad-hoc formado por sus compañeros. En el caso que nos ocupa la denuncia había sido hecha indirectamente por Stalin, al que se debía la forma sumaria de la ejecución.

Sin embargo, Stalin fué siempre bien visto por sus compañeros de prisión, para quienes su ánimo resuelto, siempre dispuesto a acompañarles en sus protestas, era suficiente para hacerles disimular su altanería. Esto debía costarle caro al camarada Koba. Cierta vez que los presos se habían entregado a una demostración de protesta, el jefe de policía, Coronel L., se presentó de repente con una escolta armada y como siempre borracho a reventar, frente a la celda donde Stalin y sus compañeros gritaban como condenados.

—¡Silencio, o doy orden de hacer fuego!—dijo el coronel.

La mayoría de los reos se callaron al punto; pero es fama que Stalin y unos cuantos más siguieron impertérritos la demostración. El coronel se encaró con él, y tales cosas se habrían cambiado entre ellos, que, se asegura, el incidente terminó solamente cuando Stalin se abalanzó sobre el tarro de la letrina y se lo vació encima a su contrincante.

Un silencio de muerte se extendió por la cárcel. Se dió orden de encerrar a todos los reos con cerrojo y candado. En voz baja, los culpables se preocupaban de discutir

el castigo que iba a caer sobre ellos—excepto Stalin, que se hallaba al parecer absorto leyendo un nuevo folleto de Lenin que acababa de hacer su aparición en la cárcel.

El primer día de la celebración de la Pascua, cuando los reos tienen por costumbre esperar un tratamiento especial y mejores alimentos, se supo que las autoridades habían dispuesto que los culpables sufrieran una «corrida de baqueta». La primera compañía del regimiento de Zalyan se presentó en la cárcel, encabezada por el coronel L. Toda la población carcelaria recibió orden de formar en el patio a presenciar el ejemplar castigo. Los culpables fueron pasado uno por uno por entre las dos filas de soldados, varilla en mano. No todos los reos alcanzaban a salir por sus pies al otro lado, y caían desmayados y sangrando bajo la violencia de los golpes. Cuando le llegó el turno a Stalin, se oyó la voz del coronel: «Ahora peguen con toda su fuerza!» Nuestro héroe avanzó con paso tranquilo, desnudo de cintura arriba, la vista fija en el folleto de Lenin, y sin apresurarse, sin hacer un gesto, aguantó el chaparrón de azotes. Los mismos soldados, enardecidos por esta aparente indiferencia, redoblaron la fuerza de sus golpes. Stalin, con la espalda chorreando sangre, se fué a su celda, se lavó y se tendió boca abajo sobre una tarima, como si nada hubiera pasado. Por varias semanas no pudo descansar sobre la espalda; pero esto no le impidió tomar parte en nuevas demostraciones de protesta.

Stalin no alcanzó a vengarse en la persona del Coronel, que huyó al extranjero en 1917. Pero cuando el temible Koba hizo su entrada triunfal en Baku, y los cuerpos de sus enemigos fueron fondeados con un peso en los pies en las oleaginosas aguas del Mar Caspio, un hermano del Coronel y todos sus parientes fueron llevados a los subterráneos de la Cheka y estrangulados de orden del camarada Secretario General.

STALIN, HIJO DEL CAUCASO.

Stalin cumplía treinta años de edad cuando llegó al fin de su carrera en el Cáucaso. Dos factores determinaron esta situación: el primero fué la hostilidad de las autori-

dades; el segundo, bien que más interesante, no es mencionado en ninguna de las biografías del dictador de Rusia. El hecho es que, poco antes de ingresar a la cárcel de Baku, Stalin fué expulsado de las filas por los partidos revolucionarios del Cáucaso.

Esta mancha en la carrera política de Stalin requiere una explicación. Los revolucionarios del Cáucaso, los mencheviques, los bolcheviques, los social-revolucionarios y demás, pese a sus diferencias doctrinarias, resolvieron presentar un frente unido para facilitar su mejor organización, y formaron el Comité supremo transcaucásico. Los mencheviques tuvieron mayoría en este comité, y a pesar de que Stalin había desempeñado un papel activo en sus primeros trabajos, sus métodos particulares de acción se ganaron las más acerbas censuras de sus colegas. Por otra parte, Stalin se apartaba cada vez más de los nacionalistas y separatistas que inspiraban al comité del Cáucaso, y aunque sus compañeros bolcheviques siguieran naturalmente mirándolo como su jefe nato, la situación de Stalin en el Cáucaso, a la fecha de la revolución de 1917, se hizo insostenible.

Al alcanzar los treinta años, Stalin había alcanzado el pleno desarrollo de su personalidad, su espíritu estaba ya fraguado en un molde permanente, su naturaleza irrevocablemente formada sobre sólida base duradera. Desde entonces ya no ha cambiado jamás. Había llegado a su madurez en la atmósfera del Cáucaso, y este mismo Cáucaso, la extraña tierra agria y montañosa, moldea hasta hoy día su ser. Es el hijo del Cáucaso, y nada más, ni asiático ni europeo, una roca de granito primario en la cual los elementos más simples se han combinado para producir una estructura de heroicas proporciones.

En cada uno de sus gestos, en cada una de sus acciones resalta el típico y peculiar sentido del honor del hijo del Cáucaso. En el Kremlin domina hoy sobre un pueblo de 160 millones de habitantes un hombre que está imbuído en ese primitivo sentido de la justicia que es el único que conoce el guerrero montañés, y que resalta con vivo contraste frente al mundo actual de la política y la intriga. El código moral del hidalgo caucásico es grandioso en su sencillez: matar a un enemigo es cosa buena, pero es mejor matar a diez; y aquel que entiende de venganza y

es capaz de matar a ciento, tiene perfecto derecho a la inmortalidad del romance heroico. Pero es vil quitarle el dinero al enemigo, o traicionarlo, o darle muerte cuando ofrece la paz. Quien pueda dominar a su enemigo no necesita matarlo. Todo lo que se requiere es saber envolverlo en una malla sutil, crear la discordia entre ellos y hacerlos aniquilarse unos a otros.

Este es el Oriente, sin disfraces ni afeites. Para el oriental, el que no vive bajo el mismo techo que uno, es un enemigo. En el Cáucaso, todos los parientes de un individuo y los que sin tener consaguinidad con él viven como sus allegados, forman una sola familia, una especie de clan o nación en pequeño. Para Stalin, los bolchevíques marxistas son su familia espiritual, y no importa cuáles sean sus defectos individuales, él se siente obligado a estar de su lado. Ahora bien, bajo el techo patriarcal del Cáucaso, el primer mandamiento es el de la obediencia. El jefe del clan puede vender a sus hijos como esclavos, ordenarles que roben o maten—nada de eso es tenido por inmoral. El es el único responsable por el bienestar de la tribu. El legítimo hijo del Cáucaso no reconoce otra forma de sociedad, y esto sólo explica que el Partido Comunista con su despótica disciplina y su sentido primitivo de justicia, se convirtiera en el ideal de un genuino hijo del Cáucaso cual es Stalin.

El Cáucaso es una tierra accidentada; más allá del angosto valle donde uno vive, al torcer de un camino, peligros indescriptibles nos acechan. La única manera de precaverse contra esos enemigos ocultos, es atacarlos y aniquilarlos primero. Stalin es ahora el jefe de un clan que incluye millones de individuos. Inmensos valles, ríos, montañas, están incluídos en la heredad paterna. Pero más allá hay otros valles y montañas, otros continentes, donde el enemigo acecha. «El que no está conmigo está contra mí» era el lema de Lenin, y esto no tiene nada de despótico o intolerante para Stalin. Hasta hoy se rodea solamente de un círculo de hijos del Cáucaso. Mientras Lenin vivió, Stalin dejó de pensar por sí mismo; muerto ahora el patriarca, Stalin mismo ha pasado a serlo, y no puede tolerar tampoco que nadie pretenda pensar por sí mismo, cuando uno solo debe mandar y todos los demás obedecer!

Hay quienes reprochan a Stalin su crueldad y sus instintos sanguinarios. Lo que los amigos de Trotsky toman por ferocidad es sencillamente su prudencia y su apego a la ley. Stalin es capaz de dominarse por mucho tiempo y estudiar a su enemigo hasta lo último. Jamás se le verá abandonarse a esos arranques histéricos de miedo o de furor que padecen ciertos políticos. Se dice, por ejemplo, que Trostky era capaz en un acceso de furor de hacer fusilar a regimientos enteros, al creerlos causantes de un desastre; pero que si la orden no era ejecutada inmediatamente, la mandaba revocar, y se desahogaba escribiendo ensayos y editoriales de un sabor altamente intelectual y abstracto.

Stalin es enteramente incapaz de tal cosa. El no mandaría jamás fusilar a un regimiento en masa; pero no se le vería pestañar mientras los oficiales culpables eran acuchillados en frente de todo el ejército. No hay gusto mórbido por la sangre ni instintos de verdugo en este silencioso hijo del Cáucaso, cuya naturaleza tranquila y salvaje no tiene otra pasión que el cumplir con su deber a la manera que él lo entiende.

Dos maestros en el arte del despotismo oriental estuvieron a la cabecera de la cuna de Stalin: Jenghiz-Khan devastador como el huracán del desierto, y Shamil, el señor de las montañas del Cáucaso. Stalin es digno de ambos. Al igual del primero, procura aplicar al mundo entero la ley primitiva del clan, y como el segundo posee la necesaria resolución para imponer su cumplimiento. Todo el antiguo, tradicional, cruel, colosal y a su manera benévolo Oriente está personificado en Stalin. El posee todas las cualidades que pueden hacerlo venerado en el Asia y aborrecido y detestado en el mundo occidental. Desgraciadamente, hoy aparece con un pie en cada uno de esos mundos. Su imperio es eurasiano. Los malos europeos que lo gobernaron hasta hace poco han sido desplazados por un buen asiático, y si Europa no desaparece del todo de sus fronteras, no será culpa suya.

EN SAN PETERSBURGO.

De 1911 a 1913 el Zar Nicolás ocupó el Palacio de Invierno en San Petersburgo. El heredero de Pedro el Gran-

de e Ivan el Terrible se sentía muy solo en aquella inmensa mansión de mármol, cuyos cimientos reposaban sobre los huesos de los infelices campesinos y pescadores finlandeses que el fundador de la ciudad sacrificó a su ambición de dar una metrópoli europea a su imperio. Más allá de la ancha plaza corría el plomizo Neva, y más lejos aun se extendían hacia el norte los lagos helados y las llanuras polares. Mirando hacia la plaza, en dirección a la columna de Alejandro, el pobre Zar podía ver con la imaginación la multitud de pueblo, de aquellos descendientes de los primitivos pescadores, que el año 1825 vinieron a gritar bajo las ventanas del Palacio: «¡Abajo el Zar» Y el Zar hizo responderles con una granizada de balas.

Mucho más tarde, en 1905, otra multitud de pueblo encabezada por el Pope Gapón se presentó en la misma plaza, pidiendo libertad y derechos. La respuesta fué la misma: balas. Pero esta vez, este Zar estaba aterrado. De los suburbios obreros y de los campos vecinos, de los antros donde se imprimían la *Svesda* y *Pravda*, llegaba una maldición, que como bicho venenoso salido de su escondite, alcanzaba hasta los palacios de la nobleza y la realeza. Amurallado en su palacio, el Zar temblaba aguardando que se cumplieran los designios del Destino.

Poco después llegaba a San Petersburgo y se deslizaba silenciosamente a lo largo de sus arrabales un sujeto alto, fornido y picado de viruelas que iba por todas partes con su pipa entre los labios y que era recibido con grandes consideraciones por los camaradas proletarios. En cada barrio de la ciudad se le conocía por un nombre diferente. Para unos era el Camarada Ivanovich, otros lo apellidaban Chichikov, otros simplemente Pedro. Estaba a la vista que la policía le seguía los pasos. Solamente los miembros del comité revolucionario estaban al tanto del hecho de que, bajo esos diferentes nombres se disfrazaba el famoso Activista del Cáucaso, el camarada Koba-Stalin, recién escapado de Siberia.

Stalin había estado por primera vez en Petersburgo en 1910; pero no había tenido parte activa en la insurrección. Ahora llegaba como un especial emisario de Lenin. Sin hogar, sin pasaporte, veíase obligado a pernoctar una vez en casa de un obrero, luego en otra. Sus días los pasaba

asomándose a una y otra fábrica, deteniéndose como embobado ante la enorme usina de Putilov, con sus treinta mil operarios; pero su verdadera acción en aquella época sigue siendo hasta hoy un misterio. Apenas un puñado de sus camaradas sabía que él era realmente el jefe de la minoría bolchevique de la Duma y el representante oficial de Lenin.

No es raro que los destinos del Partido dentro de Rusia estuvieran en sus manos, porque además de estar grandemente reducido, la actividad de sus miembros era más bien de agitación práctica que doctrinaria. Por lo mismo Stalin, hombre de energía y conspiración nato, era la persona llamada para tal cargo. Stalin tenía a la vez la dirección superior del periódico *Pravda* y el control del grupo comunista de la Duma; pero en ninguno de estos cargos aparecía ostensiblemente. Malinovsky era el *leader* de su grupo en la asamblea, y un nombre cualquiera figuraba como director del órgano del Partido. Malinovsky iba a menudo a la frontera austriaca, donde le eran entregados discursos escritos por Lenin, y que aquel y sus compañeros de la Duma repetían, palabra por palabra, como de su cosecha. Stalin y Malinovsky resolvían los asuntos de menor cuantía, y juntos organizaron las elecciones para la cuarta Duma.

Pero, por una razón oculta, nada les resultaba bien; los mejores conspiradores eran arrestados, los planes más bien calculados fracasaban, y la policía les andaba saliendo al paso en todas partes. Por último Stalin mismo tuvo que alejarse de sus camaradas y buscar refugio entre los mencheviques, a quienes aborrecía, para ir a ampararse por último con el jefe de los social-revolucionarios, Dan. Pero ni esto pudo salvarlo.

Un día fueron a prenderlo en casa de un diputado de la Duma, y por más que nada pudieran probarle documentalmente, la Policía sabía de sobra que era el agente de Lenin. Como tal, resolvieron mandarlo confinado a la aldea de Kureika, más allá del Círculo Artico, de donde no se sabía que hubiese regresado jamás ningún condenado.

Sólo después del triunfo de la revolución vino a darse cuenta Stalin, revisando los legajos de la policía secreta rusa, que Malinovsky había estado todo ese tiempo a

la paga de las autoridades, como espía. Malinovsky residía ahora en el extranjero; pero, con habilidad suma, Stalin logró atraer a la patria a su viejo amigo y camarada. Apenas transpuso la frontera, le hizo apresar y fusilar con todas las formalidades de la ley.

El período de la estadía de Stalin en San Pertersburgo la víspera de la revolución es el más oscuro de su vida. Ciertamente toda su carrera aparece bajo la penumbra de su naturaleza huraña y silenciosa; sin embargo, sus enemigos aseguran que especialmente esta época no le hace honor a Stalin, y quisieran atribuirle simpatías por los mencheviques. Trosky, que así piensa, es incapaz de comprender a su émulo. Lo cierto es que apenas triunfante, Stalin se apresuró a recorrer los archivos de la policía e hizo quemar todos los papeles que a él se referían. En sus biografías oficiales, todo lo que dejó pasar concerniente a ese período no va más allá de lo siguiente: «En San Petersburgo dirigió la publicación de *Pravda*, sirvió de contralor al grupo bolchevique de la Duma, y fué arrestado en casa de Petrovsky.»

DESTERRADO EN SIBERIA.

Stalin fué confinado seis veces a Siberia, y cinco de ellas logró escapar, pero solamente para volver a Europa por un corto tiempo. Estos intervalos de libertad los dedicó a un trabajo febril en bien de la propaganda de sus ideas y la consecución de fondos para el Partido por los métodos que estaban más a su alcance. Excepto por un corto período de destierro en 1903, la época de los confinamientos de Stalin en Siberia queda entre los años 1908 y 1917. En 1911 llegó en una de sus escapadas hasta París, donde estuvo con Lenin y a la isla de Capri (Nápoles), donde visitó a Máximo Gorki y su Escuela de Comunismo.

Por varias generaciones Siberia había sido un severo maestro para los revolucionarios rusos, como que el tratamiento que recibían de sus guardianes, la rudeza del clima y la soledad concluían por abatir a los más fuertes. Pero no todos los desterrados en Siberia hacían la misma vida. Las condiciones variaban de acuerdo con la índole del crimen por el que se le había condenado, siendo las

peores naturalmente para los culpables de crímenes ordinarios, los cuales eran sometidos a verdadera esclavitud.

La clase siguiente era la de aquellos que habían sido sentenciados a la pérdida de todos sus derechos políticos y condenados a relegación en algún punto remoto del territorio. Su situación era con frecuencia desesperada. Se les mandaba a algún poblacho de la región ártica, bloqueado por la nieve y el hielo la mayor parte del año. Allí se les dejaba que se arreglaran como mejor pudieran, comprendiendo de antemano que la situación de un hombre de refinamiento intelectual en una aldea desamparada de Siberia, tendría que ser de un continuo tormento. A pesar de todo, estos hombres estaban autorizados para hacerse enviar dinero, cuando podían, y no estaban especialmente vigilados, aunque las penas eran severas para aquellos que no lograban completar su escapada. El que era capturado dentro del distrito era mantenido un año en prisión; aquel que alcanzaba hasta la frontera de la gobernación recibía una condena de cinco años, y si alguno no era sorprendido hasta tocar el límite de Siberia, entonces recibía una sentencia indeterminada a presidio. A pesar de estos peligros, los desterrados se fugaban por centenares cada año, y en su mayoría se dirigían al extranjero.

La tercera categoría de desterrados consistía en aquellos que no habían recibido sentencia judicial o militar, debiendo su relegación a simple mandamiento de la policía. Estos recibían ayuda del Estado, y ni siquiera eran perseguidos cuando se fugaban. Stalin, el más prudente de los enemigos de la ley, iba siempre en esta categoría. Muchas veces habría sido culpable de delitos que pedían sentencia de muerte o trabajos forzados, pero aunque la policía lo tenía por hombre muy peligroso, jamás consiguieron hallar pruebas de culpabilidad para procesarlo siquiera. ¿Qué podía importarle a Koba que lo pillaran distribuyendo folletos comunistas, organizando huelgas o trabajando en una imprenta clandestina?

La dureza del clima de Siberia tampoco parecía hacerle mella, pese a su condición de hombre de clima subtropical. Marchando siempre a la cabeza de la columna de desterrados, se complacía en observar fijamente a los

cosacos con sus ojillos malignos y penetrantes. La escolta lo miraba con singular disgusto, y algunos soldados procuraban provocarlo para someterlo a sus brutales castigos. Pero Stalin mantenía su indiferencia soberana, y no perdía ocasión de hacer valer sus derechos de reo político.

A nadie comunicaba Stalin sus planes; pero todos estaban ciertos, tan pronto como llegaban a su destino, que él sería el primero en efectuar su escapada. Pero en las ocasiones en que se avecinaba el invierno o cuando Stalin estaba deseoso de tomar algún reposo, se acomodaba tranquilamente en el campamento con los demás desterrados y se dedicaba a preparar pasaportes falsos para los compañeros, animándolos a hacer revivir su celo por la Causa y preparando su fuga, con alguna comisión para determinado centro de agitación revolucionaria. Stalin viajaba por grandes distancias sin que nadie lo molestara; visitaba otros campamentos de desterrados e investigaba sus condiciones de vida. Y esto, sin mostrar interés aparente en su favor, al punto que muchos se fugaban sin saber que Stalin era quien había dispuesto todos los preparativos. Cuando estuvo relegado en Vologda, en poco tiempo consiguió que escaparan todos los bolcheviques allí relegados, y sólo cuando el último de ellos se hubo puesto en salvo, tomó él el vapor que debía devolverlo a Rusia.

Los reos políticos de Siberia estaban organizados en uniones muy bien disciplinadas, y ponían todo su amor propio en hacerse respetar de la policía. Casos hubo en que los presos se desnudaron en medio de la nieve, declarando que no se moverían de allí mientras no se les asegurase que cierto guardia insolente sería removido de su puesto. Algunos recurrían al suicidio para vengarse de un abuso de autoridad. Stalin estimulaba la disciplina que podía humillar a la autoridad y fomentar de este modo el espíritu revolucionario.

De esta época se cuenta un curioso incidente relativo a Stalin y sus cordiales enemigos los mencheviques. Descubrióse un día que uno de los presos de delito común, apodado *El Gaviota*, estaba robando a los nativos. El ladrón confesó y se declaró dispuesto a aceptar el castigo que dispusiera el tribunal formado, como de costumbre,

por los prisioneros políticos. (Casos hubo en que el propio gobernador general de Siberia les pedía su consejo en materias administrativas). Los mencheviques se pronunciaron unánimente por la condena del culpable; pero al oírlos Stalin se levantó de golpe a pronunciar una fogosa defensa del acusado, declarando que lo consideraba ni más ni menos que como el campeón de los oprimidos!

Pronto le dió a los mencheviques nuevos motivos para detestarlo, con relación al problema del nacionalismo y de las prevenciones de razas. Los socialistas en general consideraban como uno de sus más sagrados deberes el tomar la defensa de las razas y nacionalidades oprimidas por el zarismo, y como los judíos eran entre todas ellas acaso la más maltratada, la peor acusación que se podía hacer a un revolucionario era la de tacharlo de antisemita. Por un lado Stalin declaraba que «el nacionalismo del pueblo ruso debía ser aplastado con mano de hierro», en tanto que por otro acusaba a los mencheviques de cuanto crimen era imaginable contra el nacionalismo...

A poco ocurrió que en un debate un judío menchevique puso en apuros a Stalin, para quien el ruso no ha sido nunca una lengua que pueda dominar con fluidez. En su impaciencia, el buen Koba recurrió a su nativo georgiano y murmuró un *Uria momatkhali*, que quiere decir nada menos que *judío de m...* Bastó esto para que los mencheviques cayeran sobre Stalin con acusaciones de antisemitismo. La verdad es que la expresión ésa ha perdido en georgiano todo sentido literal, y se emplea como una exclamación cualquiera. Pero esto no lo hubiesen creído sus enemigos.

Es verdad que el cargo de antisemitismo podría tomar cierto fundamento recordando la lucha entre Stalin y Trostky; pero habría asimismo que recordar que el ministro de relaciones de Rusia ha sido el judío Litvinov, y que Kaganovich, otro judío, es el presente favorito del dictador. Stalin como hijo del Cáucaso, no puede ser un antisemita; pero eso no significa de ningún modo que no prefiera la compañía de sus amigos georgianos.

La última relegación de Stalin lo llevó a la aldea de Kureika, dentro del círculo polar, y allí había de pasar cinco años, hasta que vino a libertarlo la revolución de 1917. Esos cinco años en una de las regiones más desola-

das del mundo, eran bastante para aniquilar a cualquiera, pero no a este hombre. Stalin ganó en salud y en vigor mental durante estos años de destierro. Falto de mencheviques con quienes disputar, se dedicó a perfeccionar sus dotes oratorias y literarias. De noche, cuando todo el pueblo dormía, en aquellas interminables noches del invierno polar, Stalin encendía su vela de sebo y se ponía a escribir.

Los días los pasaba a orillas del río, pescando con un anzuelo que compró al crédito y que nunca pudo pagar. Los nativos no entendían su pronunciación de la lengua rusa, y como no mostraban capacidad la que menor para entender las sutilezas del marxismo, Stalin no se ocupaba de ellos. Los años pasaban. Escribiendo y pescando, o devorando la literatura comunista que de tarde en tarde llegaba a sus manos, el desterrado reunía fuerzas para nuevas hazañas. Allá lejos continuaba la obra de avanzada del Partido. En alguna parte también se guerreaba en esos momentos con espantosa eficacia. Jamás se le vió en estos largos años dar una muestra de desaliento. Su fe en la venida de la revolución permanecía intacta. Luego, de pronto, la tanto tiempo esperada revolución social estalló para sorpresa del mundo. Los partidos revolucionarios de Rusia se volvieron locos de alegría. Pero Stalin no. Calmoso y ordenado en todo, preparó su equipaje, fumó la última pipa del destierro, y siempre callado y taciturno se embarcó río abajo en dirección a Rusia y a la Revolución!

SEGUNDA PARTE

EL DICTADOR.

SECCION CHILENA
CHILE

COMIENZA LA GRAN CONTIENDA.

Al fin, tras largos años de paciente espera, de secretas aspiraciones, la Revolución fué un hecho! Hasta para los jefes, Lenin y Trostky, su estallido fué una completa sorpresa. De la noche a la mañana, como quien dice, aquellos arruinados cabecillas de grupos revolucionarios, grandes o pequeños, se convirtieron en políticos de talla mundial, en quienes se concentraba la atención de Europa, América y el Oriente. A su inesperado encumbramiento, los nuevos estadistas rusos sólo aportaban un confuso programa cuya finalidad estaba ya superada, y toda su experiencia se resumía en disputas doctrinarias de café, conspiraciones y asaltos a la propiedad privada. Con tal equipaje se esperaba de ellos que entraran a gobernar un inmenso imperio en el curso de una de las más grandes guerras de la historia!

Los acontecimientos de Febrero de 1917 hicieron perder la cabeza a los revolucionarios más experimentados. El propio Stalin, el jefe del insignificante grupo bolchevique, no sabía qué hacer. En su remoto destierro de Kureika, más allá del Círculo Polar había matado el tiempo haciendo planes para el día de la revolución, pero ahora estos planes aparecían retrasados y mezquinos. Para Stalin, los planes bolcheviques eran, sin embargo, los únicos po-

sibles. Unicamente el movimiento revolucionario que se negara a adoptarlos sería el culpable!

A su llegada a Tiflis, de regreso de Siberia, Stalin se encontró para su sorpresa, con una recepción de las más frías. Los mencheviques se le habían adelantado y habían barrido con sus correligionarios comunistas. Stalin rompió a andar todo mohino por las calles de la vieja capital de Georgia, y se fué a ver a su madre, que seguía ganándose la vida como costurera. Mascando furiosamente su pipa, el camarada Koba se estrujaba los sesos por encontrar la fórmula que volviera a su partido la antigua preeminencia en política local. Conspiraciones, *expropiaciones*, propaganda secreta, todas esas actividades habían pasado de moda. Pero él tenía que encontrar el medio de ligarse a la Revolución.

Sus enemigos se dieron cuenta bien pronto de quién andaba por Tiflis. Los nuevas autoridades no olvidaron cierta resolución de los partidos revolucionarios que databa de diez años atrás, y según la cual Stalin habría sido expulsado por robo y asalto a la propiedad. Se le hizo abiertamente el vacío y los diarios comenzaron a publicar párrafos mal intencionados, previniendo al público contra ciertos «elementos criminales» del pueblo que pretendían aprovecharse de la Revolución. Stalin no tuvo otro remedio que volver a tomar el tren, apenas algunos días después de su llegada. Amargado, pero con un destello malévolo en sus ojillos orientales, tomó el camino de Petrogrado, como se llamaba ahora la metrópoli de la Nueva Rusia. Allá nadie iba a acordarse de añejas resoluciones de un insignificante comité revolucionario de Tiflis!

Por esos días Petrogrado parecía un manicomio. Los viejos ídolos estaban por el suelo; un insignificante motín en el ejército, oportunamente aprovechado por ciertos políticos, había bastado para derribar una monarquía secular. En el palacio donde hasta hacía poco gobernaba realmente un monje misterioso (Rasputín), se veía ahora a los gobernantes de la Rusia Libre... Los más encumbrados autócratas del Zarismo se entregaban ahora como mansos corderos, y el más temible de todos Protopopov, el ministro del interior, venía humildemente a presentarse a Kerensky en el recinto de la Duma, con un: «Soy Pro-

topopov, y vengo a entregarme en manos de la Revolución!»

La meteórica figura de Kerensky, un hombrecito rechoncho, con el pelo tieso y una fisonomía vulgar, se elevó por encima de Petrogrado, por encima de Rusia y encarnó el símbolo de la Revolución. El ejército, los miembros de la Duma, la Banca, la burguesía, hasta los propios ministros que él había depuesto, le aplaudían. El propio Zar escribía en su diario: «Kerensky es el único que puede salvar a Rusia». Los campesinos venían de sus aldeas a contemplar con la boca abierta al nuevo amo, Kerensky. Rusia se había enamorado de él con el ardor de una colegiala. Kerensky se fué a habitar el Palacio de Invierno y durmió en la cama que había ocupado el Zar.

La revolución de Febrero era una revuelta de la burguesía, inspirada en el viejo lema de la Revolución Francesa, «Libertad, Igualdad, Fraternidad», y su expresión inmediata se resumía en esta otra: «Continuar la guerra hasta vencer.» El propio mal afamado terrorista Savinkov, ahora ministro de la guerra, adoptaba esta política. El ejército ruso contaba con once millones de soldados, y todos vivaban a Kerensky con estentórea unanimidad.

Durante las primeras semanas de la revolución, Rusia tuvo dos gobiernos: el gobierno provisional que encabezaba Kerensky, y el Soviet (Consejo) de Obreros y Soldados, en el cual dominaban los mencheviques georgianos. Tan pronto como llegó Stalin a Petrogrado, se puso a reunir a los pocos bolcheviques que había a mano, y en un cuarto que ocupó en la calle Basseinaya, celebró las primeras reuniones con sus camaradas. En unión con Kameniev, Stalin se puso al frente del periódico *Pravda*. Pero Stalin estaba lleno de pesimismo, y este corto período en que tuvo en sus manos el supremo comando del Partido, no constituye uno de los capítulos más honrosos de su vida.

Pero si es cierto que Stalin demostró que todavía no estaba maduro para asumir la dirección intelectual del Partido, en el terreno práctico desplegó la misma consumada habilidad de antes. El tiempo pasaba, decaía el entusiasmo y la victoria en la gran guerra no aparecía más cercana. Poco a poco los bolcheviques comenzaron a dejar oír sus críticas contra el estado de cosas, y como instintivamente fueron encauzando su tendencia hacia

una «paz democrática». Se hablaba ya en voz alta de poner término a la guerra; pero la masa del pueblo y del ejército continuaba vivando a Kerensky.

Una noche, tras un nuevo fracaso para obtener la atención de la Duma, y viendo que hasta la circulación de *Pravda* decaía, Stalin y Kameniev despacharon el siguiente telegrama para Lenin, dirigido a Zurich: «Situación desesperada. Bolcheviquismo en decadencia. Inútil seguir trabajos.»

La respuesta vino en persona, el 16 de Abril, cuando apareció en la estación Finlandia de Petrogrado la figura del jefe supremo del Partido, tras largos años de destierro. La capital ya estaba habituada a presenciar el regreso de desterrados; pero la recepción preparada por Stalin y Kameniev en honor de Lenin sobrepasó a cuanto se había visto hasta entonces. Al entrar el tren a la estación la multitud rompió en aplausos: obreros, bolcheviques, cesantes, todos estaban ansiosos por ver al héroe cuya vuelta era anticipada con tantos preparativos. A la salida de la estación se hallaba un automóvil blindado; Stalin se encaramó al techo y gritó esta sorprendente declaración: «Viva la Revolución Social! Apoyemos al Soviet! Robad lo que os robaron antes a vosotros!»

Como una colegiala, Rusia se había enamorado por primera vez de Kerensky. Pero el corazón de una colegiala es mudable, y el 16 de Abril descubrió al nuevo objeto de su amor. Con esto el poder de la burguesía empezó a decaer, y comenzó la Revolución por la Igualdad Social. Días más tarde apareció el primer artículo de Lenin en *Pravda*—una declaración que debía tomarse como respuesta al desesperado telegrama de Stalin y Kameniev. Lenin declaraba que la revolución de Abril había sido meramente un comienzo, y debía continuar en forma de guerra a la burguesía. Y terminaba proclamando el lema que había de guiarle a la victoria: «Pongamos fin a la guerra imperialista y comencemos la guerra civil de la Revolución Social!»

A todo esto, Stalin se había retirado a segundo plano. El Partido vacilaba entre el apoyo al Soviet con mira de llegar a convencer a éste de la índole imperialista del gobierno, y una resuelta lucha de clases. La llegada de Lenin volvió a unirles en su determinación de ganar el

poder. Dice Stalin: «El Partido esta necesitado de una orientación nueva, y Lenin vino a dársela. ¿Qué ocurrieron disputas entre el Partido y Lenin? ¡Ciertamente! ¿Cuánto duraron? Dos semanas!»

HACIA LA REVOLUCION DE OCTUBRE.

En una colección de los ensayos y discursos de Stalin dirigidos al pueblo ruso entre Febrero y Marzo de 1917, bajo el título de «En camino a la Revolución de Octubre», hay un prefacio en que el autor describe la táctica del movimiento; la metódica exclusión de los grupos no comunistas, el aprovechamiento del estado de ánimo temporal de las masas, y la importancia decisiva de los lemas proclamados por Lenin. El gobierno había pospuesto su decisión acerca de las peticiones del pueblo hasta la reunión de la Asamblea Legislativa; pero Lenin les prometió satisfacerlas inmediatamente. El ejército estaba harto de la guerra, y Lenin prometió paz. Atendiendo a la petición del pueblo, Lenin convocó a la Legislatura, bien que fuese solamente para demostrar su ineficiencia. En un solo punto se ven claros los propósitos de los comunistas, cuando Stalin declara: «La importancia del Partido residía en el hecho de haberse empeñado en moldear las fuerzas elementales de las masas sublevadas dentro de la ideología bolchevique.»

Lo cual no quiere decir otra cosa, en sustancia, sino que el Partido se amoldó a las fuerzas elementales en cuestión, y ganó la batalla en hombros de la multitud enfurecida. Sobre todas las abstracciones de doctrina, prevaleció una afortunada coincidencia de circunstancias, tales como la guerra, la revolución y el hambre, que fueron lo que empujó a las masas por la senda de la revuelta. El lema de Lenin, «Bajemos el plano de la Revolución» no era otra cosa que la intención de poner sus ideas al nivel de las informes aspiraciones del populacho.

Como editor de *Pravda* y miembro del Comité Central del Partido, Stalin tuvo su parte en estos acontecimientos, pero no abrió la boca en ninguna de las asambleas, excepto una. La situación de los bolcheviques era siempre difícil. Su llegada al poder, profetizada por Lenin, parecía

cada día más remota. El único que no dudó un momento fué Stalin. Puesto que el dios del Partido lo había dicho, dudar del triunfo final era una herejía, y el que lo hiciera no sería un buen comunista. A través de todo este período de prueba, ninguno de los que estuvieron en contacto con Stalin dejó de reconocer que su fe era la de un fanático, casi la de un místico.

Con todo, no le gustaba discutir el punto. A uno de sus antiguos compañeros de cárcel, un menchevique, Vereshchak, que le hacía cargos por su actitud contra los otros partidos revolucionarios, Stalin le decía:

—Oyeme bien. Nuestra llegada al poder es cosa segura. Lo mejor que puedes hacer es ingresar al Partido ahora mismo. Más tarde no podría ofrecerte otra cosa que un puesto entre la servidumbre, y eso en recuerdo de una vieja amistad.

La situación se enredaba cada día. El gobierno y el Soviet no hallaban cómo entenderse. El descontento cundía entre la tropa: los soldados rehusaban ceder la acera a sus generales, los asaltos, la borrachera y el juego cundían por el país. Lenin se restregaba las manos de gusto. Tal era el desorden, que los comunistas se apoderaron del palacio de la bailarina Kshezinskaya y lo convirtieron en su cuartel general, violando ostensiblemente con esto el derecho de propiedad privada.

Según Stalin, tres fueron las circunstancias que hicieron posible la subida de los bolcheviques al poder: primero, el hecho de que los dos grupos de naciones imperialistas de Europa estuvieron en guerra unas con otras; segundo, que Rusia misma se hallara empeñada en una guerra imperialista, y tercero el nacimiento del espíritu revolucionario, creado por la guerra. Otras circunstancias cooperaron activamente, contándose entre ellas el apoyo de las clases obreras, la simpatía de los soldados en campaña, y el hecho de que la dirección del movimiento estuviese concentrada en un solo partido, el bolchevique.

LA INSURRECCION DE JULIO.

En su oficina editorial de *Pravda*, Stalin fuma y medita con los codos en la mesa donde hay un editorial suyo aun

no terminado. Un grupo de comunistas fuman y charlan en derredor. Stalin se levanta y a largos pasos está buscando expresión a sus ideas. Lenin— le ha encargado que redacte el manifiesto del Partido para la manifestación del 17 de Junio, en que se discutirá la política bélica del gobierno. Volviendo a sentarse, escribe: «El Consejo de Estado, que proporcionaba antaño al Zar sus mejores verdugos, está en estos mismos momentos preparando el lazo de la horca de donde ha de colgar a las clases trabajadoras, para la más grande satisfacción de la Entente». Y puso término su arenga con mueras a la guerra, al gobierno, a la ofensiva y a los reaccionarios. Estos mueras sirvieron de lema al Partido en la manifestación del siguiente día. El efecto fué excelente. Los mencheviques aparecían ahora complotando contra las masas.

La opinión se alarmó; comenzaron a correr rumores de que los comunistas estaban pagados por el oro alemán, y como los alemanes habían consentido en dar un salvoconducto a Lenin a su regreso a Rusia, esas sospechas tomaban apariencias de verdad. Lenin y Trostky protestaron de estas calumnias; pero Stalin no abrió la boca: «En Alemania dicen que Liebkencht es un agente de los rusos; aquí dicen lo mismo de nosotros. Todo eso es para inquina capitalista!» Esa fué su respuesta.

A su modo de ver, el cargo de que los bolcheviques estuviesen conspirando abiertamente contra el Gobierno Provisional, era mucho más grave. En cada uno de sus artículos, en cada discurso, Stalin negaba con vehemencia esas acusaciones. Que las exigencias populares estuvieran de acuerdo con el programa del Partido, eso era pura coincidencia, y no podía condenársele por ello! Esto, naturalmente, era faltar a la verdad lisa y llana, y con razón Tesreteli, el jefe menchevique, en su famoso discurso del 11 de Junio, acusó a los bolcheviques de haber degenerado de Partido de ideas en meros conspiradores contra el Estado.

Mientras tanto, la capital daba muestras de inquietud. Grupos de tipos sospechosos rondaban por las calles, espiando a los transeuntes acomodados. Stalin, al salir tarde de la noche de la imprenta, era seguido por algunos de esos sujetos, y gracias solamente a su aspecto musculoso y al hecho de que llevaba siempre la misma blusa raída

y pantalones de soldado raso, evitaba que lo atacaran como a tantos otros. Se cuenta, sin embargo, que en cierta ocasión fué detenido por algunos de esos merodeadores; pero los recibió con tales desahogos de lenguaje de arrabal, que muy pronto lo dejaron en paz, creyéndolo uno de su calaña.

Las alarmas cundían en Petrogrado. Cada noche los gritos de auxilio, los lamentos de agonía de las víctimas de los asaltos callejeros, despertaban al vecindario. Soldados bien provistos de armas se tambaleaban por las calles, jurando morir por la Revolución, y desbalijando a los transeuntes por de pronto. Las noticias del frente no eran mejores. La ofensiva había fallado; las tropas fraternizaban con el enemigo. Delegaciones mixtas de soldados, marineros y trabajadores se presentaban desordenadamente ante el Soviet incitándolo a apoderarse del poder.

La primera insurrección, el 3 de Julio, fué secretamente dirigida por los comunistas, pero éstos insistieron en que la iniciativa debía partir de los soldados. Y mientras Stalin pronunciaba en la Asamblea un discurso en que condenaba la revuelta, dos de sus agentes, a una señal suya, salían a ponerse a la cabeza de los pelotones de soldados que comenzaban ya a disparar sus armas. El día 4 la Asamblea declaró oficialmente a los bolcheviques culpables de la insurrección, y el 5 se ordenó al regimiento de Volhynia, el único que permanecía fiel a la autoridad, que cargara sobre los revoltosos. La revuelta fué ahogada en sangre, pero sólo temporalmente.

La mañana del 5, Lenin, Trostky y demás jefes comunistas esperaban ser detenidos de un momento a otro. «Ahora vendrán a fusilarnos de a uno por uno», le declaró a éste el jefe supremo. Pero los mencheviques no eran hombres de recurrir a procedimientos firmes. Limitándose a prohibir la publicación de *Pravda*, a dar varias órdenes de arresto y a hacer desalojar el palacio de la bailarina Kshezinskaya, del que se había apoderado el comité bolchevique, el Gobierno siguió tolerando que el Comité Central del Partido Comunista continuara sesionando en el Palacio Táurico. Stalin lanzó en el entretanto otras hojas de propaganda en que acusaba a los mencheviques de aliarse con la burguesía y demás reaccionarios, recurriendo al mismo tiempo a medidas de la

más odiosa tiranía. ¿No se había llegado hasta lanzar una orden de arresto contra Lenin, ese cordero sin mancha?

«En los presentes momentos, escribía Stalin, venales mercenarios y calumniadores acusan abiertamente de traición a los jefes de nuestro Partido. Esos bandidos de pluma de la prensa burguesa enlodan sus páginas con esos cargos, y la oficina del Acusador público no se avergüenza de publicar cuanto se le ocurre contra Lenin. ¡Miserable camarilla! No saben que los nombres de nuestros jefes son cada día más apreciados y respetados por las clases trabajadoras, precisamente cuando la canalla burguesa, con increíble cinismo, arroja sus calumnias sobre ellos!»

Como puede ver el lector, Stalin sabe recurrir a cierta elocuencia muy suya cada vez que así lo desea. Pero el hecho de que tal tono pasara la censura menchevique, indica que los ogros no eran tan feroces como se les pintaba. Entretanto, los socialistas se aliaban con los partidos liberales en el intento de salvar la Revolución. Las derechas, por su parte, ponían las esperanzas de una restauración monárquica en los generales. El general Kornilov, con tropas del Cáucaso avanzó contra la capital. Kerensky reunía sus últimas fuerzas para defenderse contra el ataque envolvente de todos los grupos extremistas; pero su grito de ¡Salvemos la Revolución! era contestado por todas partes con la breve demanda de Stalin: «Pan, paz, libertad!»

No lejos de Petrogrado, cerca de una rústica aldea de campesinos, se levantaba una pequeña tienda donde se asilaba Lenin, ocultándose de sus perseguidores. Aquella fisonomía de ojos ligeramente oblicuos, de carrillos prominentes, se inclinaba sobre una mesilla donde pasaba el tiempo leyendo o escribiendo. De noche un mensajero venía a informarle y recibir sus órdenes: era Stalin, que no quería confiar a nadie la preciosa misión de mantener al caudillo en contacto con su Partido a través de todas las vicisitudes. En esa tiendecilla los dos hombres preparaban la conspiración que había de llevarlos a la Revolución de Octubre, de acuerdo con las más hábiles disposiciones del arte de los levantamientos populares.

EL MES DE OCTUBRE.

En el concepto del público en general, la revolución de Octubre fué obra de un grupo encabezado por Lenín, Zinoviev, Kameniev y Trostky. Stalin era enteramente desconocido fuera de su propio círculo. Se le tenía por un mal escritor y un mal orador; rara vez tomaba un puesto de primera fila, y se le consideraba menos importante que los personajes antes mencionados. Ni siquiera como luchador tuvo Stalin un papel brillante en la revolución de Octubre. Pero siempre que hubiera necesidad de tomar una decisión rápida, o realizar un esfuerzo vigoroso, se veía surgir en primer término la figura taciturna, la fisonomía oriental de Stalin. El Terror de la multitud, de la masas ávidas de sangre y rapiña del Petrogrado de esos días, pudo oprimir los corazones de ciertos cabecillas del comunismo; pero nunca el corazón del camarada Koba. Y el viejo conspirador dirigió la insurrección de Julio, en que los revoltosos pasaron de medio millón, con la misma habilidad con que dirigía una reunión del comité del Partido.

¿Qué fué lo que ocurrió luego en Octubre? Los jefes del Partido se reunieron secretamente en la habitación de Zukhanov, en la noche del 10. Lenín, con aspecto fatigado y preocupado, presidió la sesión. Sabía perfectamente que los miembros del comité no marchaban unidos, y decidió cerrar la reunión con las siguientes históricas conclusiones: «El Comité Central es de opinión que la situación internacional que confronta a Rusia (la posibilidad de paz entre las grandes potencias con el fin de unirse contra el comunismo, y los rumores de motines en la escuadra alemana, a los que se suponía el augurio de una revolución socialista en Europa), y la situación militar (la burguesía rusa y Kerensky han resuelto indudablemente entregar Petrogrado a los alemanes) junto con el dominio de los partidos proletarios sobre los Soviets y la inminencia de una segunda reacción militar de parte de Kornilov, ponen una insurrección armada en la orden del día. En consecuencia, el Comité Central opina que el levantamiento es inevitable y que es una aguda necesidad

del momento. Y propone que todas las organizaciones del Partido procedan de acuerdo con esto y resuelvan todas las cuestiones prácticas desde ese punto de vista.»

Las miras de esta histórica resolución eran bien claras: había que aprovechar la vuelta del Partido al favor de las masas. Sin embargo, Zinoviev y Kameniev creyeron que podían continuar su política de disensión y crítica, y objetaron la tendencia del acuerdo. A lo cual Stalin se levantó de un salto, y dirigiéndose al comité con ese horrible acento georgiano que le volvía a la lengua cada vez que se sentía contrariado, declaró que las insinuaciones de Kameniev y Zinoviev, de llevarse adelante, serían indudablemente utilísimas para abrir camino a la contrarrevolución.» ¿Vamos a esperar que nos ataquen? Bien, ¿y si ese ataque no llegara jamás?»

La energía de Stalin influyó a tal punto sobre el ánimo del Comité, que la resolución pasó casi por unanimidad. Quedó nombrada una comisión de cinco miembros con el fin de organizar los detalles del plan. De esta comisión formaba parte el veterano K. Stalin (esa K. era todo lo que quedaba de su antiguo nombre Koba); pero no tenían participación ni Lenin, que se hallaba bajo orden de arresto, ni Trostky, que en su calidad de presidente del Soviet de Petrogrado, estaba en realidad subordinado al Comité del Partido Comunista.

En esos días quedaba ya de manifiesto la notable constitución del plan bolchevique, cuya dualidad de mando se manifestaba en un gobierno visible en la Asamblea de los Soviets y uno invisible y supremo formado por el Comité del Partido. En tal forma Trostky aparecía en público dirigiendo el movimiento, cuando en realidad no era más que un biombo tras el cual maniobraban Stalin y sus compañeros.

Este curioso gobierno duplex continúa funcionando en Rusia hasta el presente: cada ministro del Soviet está en libertad de formar sus propias conclusiones, pero en su calidad de miembro del partido comunista permanece enteramente subordinado a las resoluciones del Comité Central, cuyo jefe es Stalin.

La Revolución de Octubre hizo a Trotsky famoso. Stalin, por su parte, continuó fiel a su tradición de director de la tramoya, dejando a otros los juegos de luces de la

escena, los aplausos de los espectadores, y la ingenua pretensión de creerse por encima del organismo del Partido. A lo que se ve, Stalin no se preocupa ni poco ni mucho de la fama.

Pero, ¿cuál fué su parte en las jornadas de Octubre? Su actitud por algunos meses antes fué un enigma para sus compañeros. Trotsky la califica de «extravagante», Lenin de «caprichosa», y otros de «inexplicable». Y realmente su conducta fué inexplicable en esos días. Poco menos que menchevique en vísperas de la llegada de Lenin, luego aparece como un ardoroso leninista. En la disputa con Zinoviev y Kameniev, se pliega a Lenin, pero no sin defender por algunas horas el punto de vista de los primeros. «Stalin estaba de continuo en un estado de extraordinaria inestabilidad política» escribe Trotsky, refiriéndose a ese período.

La observación de Trotsky es parcial y no se aviene con los hechos. Stalin se mostró, por el contrario, de una determinación y energía en los momentos de peligro, que nadie podría negarle. En el curso del asalto al Palacio de Invierno, por ejemplo, se lanzó a hacer prédica comunista en medio de las tropas que seguían fieles al gobierno, e hizo lo posible por ponerlas del lado de la Revolución. No hay por qué negar que sus «caprichos» eran raros y repentinos; pero nunca fueron ellos, como los de Trotsky, un peligro para la existencia del Partido.

Los jefes bolcheviques pasaron los críticos días de Octubre en el sombrío Instituto Molny, antiguo colegio para las hijas de la aristocracia, y que ahora se mostraba descuidado en su aseo y sin calefacción. Cuando el teléfono le trajo a Trotsky la noticia de la caída del gobierno de Kerensky, el jefe visible de la Revolución no pudo resistir más, agotado por la vigilia y la tensión nerviosa, y se desmayó. Cuando recobró el conocimiento, se dirigió al palacio del Soviet y proclamó la memorable resolución: «En nombre del Comité de guerra de la Revolución, declaro que el gobierno provisional ha dejado de existir.»

Stalin no se desmayó ni hizo proclamas. Lo que hizo fué desentumirse, y escribir para *Pravda* del 28 de Octubre las palabras más emocionadas de toda su vida: «¡Al fin todo se ha cumplido!» El poder se halla en las manos de

los obreros, los soldados y los campesinos! A un solo golpe de las heroicas avanzadas de obreros y tropas de Petrogrado, el falso gobierno democrático ha sido derribado, y la bandera roja de la Revolución ondea ahora sobre el semi-monárquico Palacio de Invierno.

Ese mismo día quedó organizado, de acuerdo con una resolución aprobada por el Consejo de Obreros y Soldados, el primer gobierno del Soviet. En los diarios del Partido, la lista de sus miembros apareció en el siguiente orden: presidente de la junta, Lenin; comisario del interior, Rykov; agricultura, Miliutin; trabajo, Shlyapnikov, comercio e industria, Pogia; educación, Lunacharsky; finanzas, Skvortsov; relaciones exteriores, D. Bronstein (Trotsky); justicia, Opakov; correos, Avilov; minoría nacional, J. V. Djugashvili (Stalin).

Desde entonces han pasado quince largos años, y de toda esa lista no hay más que uno que siga desempeñando un papel importante en su país, Stalin. ¿Cómo pudo ser que el último de los comisarios del primer Soviet, el que aparece más modesto e insignificante en la fotografía de aquel grupo histórico, y para quien fué creado un puesto ridículo a fuerza de inutilidad, sea hoy la figura dominante de la época? ¿Cómo se explica que haya llegado a ser más importante que Lenin, y esté imprimiendo los rasgos asiáticos de su mentalidad sobre la faz de Rusia, sobre el bolcheviquismo, sobre la Revolución y casi sobre todo el mundo?

Para responder a esas preguntas es menester seguir, paso a paso, el curso de la Revolución y considerar las peculiares cualidades de Stalin, sus actividades, sus hábitos de vida en la medida en que han influenciado a su época.

LOS NUEVOS AMOS.

Si en el curso de los primeros días de la revolución, Petrogrado y el resto de Rusia parecían un asilo de dementes, después de la revolución de Octubre la ciudad misma, la clase media y la mayoría de los obreros tenían aspecto de locos furiosos. En el Instituto Molny, donde se habían ido a vivir los jefes del nuevo gobierno con sus familias,

la confusión, los gritos y llantos de los niños, las reyertas de las mujeres, hacían de aquello un perpetuo escándalo.

El hecho es que la llegada de los bolcheviques al poder los sorprendiera sin estar preparados para ello, sin soñarse siquiera que tal acontecimiento iba a sobrevenir de un día a otro, explica su desconcierto, como asimismo el pánico que les acometió en seguida. En vez de mandar notas a las cancillerías, el ministerio de relaciones lanzaba al espacio histéricos mensajes de radiotelefonía dirigidos «al mundo entero». El ministro de finanzas cerró los Bancos y se puso a considerar la posibilidad de abolir el dinero. El ministro de justicia nombró jueces a marineros, y el consejo del ministerio de la guerra nombró a un teniente de nombre Krylenko, comandante en jefe de un ejército de once millones de soldados. Y sobre este caos se cernía la nube amenazante de la invasión alemana, cuyos ejércitos avanzaban, día a día, dentro del territorio ruso.

En los campos, las bandas de soldados desertores y de obreros sin trabajo formaban a su antojo comités republicanos o socialistas. Los transportes estaban paralizados. Cada distrito dentro del dilatado país se concentraba en sí mismo. Las negociaciones de paz con los alemanes trajeron nuevos altercados antre los miembros del gobierno bolchevique.

En un comienzo, Stalin no pudo imponer sus ideas centralistas, pero aun en este período de histeria colectiva, él mantuvo su cabeza serena y su buen juicio. En las reuniones de los Comisarios del Pueblo, se atrevió aun a discutir con Lenin asuntos de importancia vital, pensando siempre dar a los problemas de estado la sencillez necesaria para hacerlos comprensible al tipo ordinario de comunista. Los esfuerzos de Lenin y Trotsky para despertar a las clases obreras de Europa, eran incomprensibles para Stalin. Profundamente convencido de la inminencia de la revolución mundial, veíase obligado a reconocer que en derredor, a través de toda Rusia, el pueblo imploraba la paz. Stalin no creía que pudiera ajustarse la paz por intermedio del estado mayor alemán. Ciertamente casi todo lo que sabía de Alemania se lo debía a lo que le había contado su cofrade Kamo, después de los años que pasó éste en observación en un manicomio alemán; pero esto le bastaba!

Los Comisarios del Pueblo estaban en sesión permanente, discutiendo las negociaciones de paz. Stalin no faltaba a ninguna sesión; veíasele con la cabeza gacha y las manos a la espalda, procurando orientar a los camaradas con el fin de dar precisión y claridad al debate. «Los alemanes no firmarán nunca la paz con nosotros» solía murmurar, y dirigiéndose a Trotsky, le soplaba al oído: «El abuelo (Lenin) sigue confiando en la paz. ¡No la va a ver!» Y como si no advirtiera el gesto desdeñoso de Trotsky, se dirigió directamente al maestro, y con voz agria le dijo: «No podemos aceptar los términos de los imperialistas alemanes, ni tampoco podemos continuar la guerra. ¿No sería mejor, camarada Lenin, que interrumpiéramos las negociaciones para reanudarlas más tarde?»

Esta fué acaso la única idea razonable que salió a luz en todo aquel período de demencia. Lenin le escuchó con atención, y se quedó un rato pensando. Contrariamente a Trotsky, él sabía que la astucia oriental de Stalin no era despreciable. Pero al fin meneó la cabeza negativamente: «Si no firmamos el tratado, los alemanes suscribirán en tres semanas la sentencia de muerte de la potencia soviética.»

Para decir la pura verdad, a Stalin no le preocupaba la muerte del Soviet. Como hombre del pueblo, él sentía la pulsación de las masas mejor que muchos. Y en esta ocasión como en otras, su instinto le indicó la solución racional, que se hallaba por cierto fuera del alcance de los visionarios y reposaba en el terreno práctico. Cuando oyó la ridícula fórmula de Trostky, «Suspenderemos la guerra, no firmaremos la paz, y licenciaremos el ejército», sintió el regocijo del triunfo. Con la vuelta de los campesinos a sus hogares, los demás vendría tan inevitablemente como el día sigue a la noche.

Trostky tuvo razón para decir que a Stalin sólo le importaba la paz «en *un* país», de la misma manera que más tarde había de interesarse en el socialismo «en *un* país.» Stalin tenía lo suficiente del político práctico para no conceder mucha importancia a los fundamentos teóricos de la paz. En vísperas de firmar el tratado, Lenin convocó a los Comisarios para tomar los últimos acuerdos. Mientras el jefe hablaba, Stalin parecía oírle distraídamente, con los ojos fijos en sus descuidadas manos. En el momento

de votar, siempre de acuerdo con sus ideas de disciplina, votó en favor de Lenin.

La paz con Alemania fué firmada en Brest-Litovsk, el 3 de Marzo de 1918. El peligro de invasión había pasado para Rusia. El gobierno llevaba cinco meses de existencia, cuando sus enemigos y sus propios entusiastas no le habían dado más de algunas semanas de vida. Gradualmente los jefes del gobierno fueron asumiendo sus actividades normales, Petrogrado, Moscú y la mayor parte del país estaban ya con los bolcheviques. Pronto habían de comenzar a desfilar los camiones llenos de ciudadanos pálidos y aterrados, a los que se había arrancado de su cama en mitad del sueño y de la noche, para llevarlos a los subterráneos del Instituto Molny, el primer cuartel de la Cheka, donde se les despacharía sumariamente.

La era del Terror Rojo, del comunismo militante, iba a comenzar! El gobierno estableció su sede en Moscú. Pero ya el general Kornilov estaba reuniendo sus tropas al sur del Don, y esto representaba una grave amenaza.

LA GUERRA CIVIL.

Un enjambre de diez millones de hombres armados se derramaba sobre Rusia, de regreso del frente. Los trenes eran asaltados por esas turbas hambrientas y sedientas de alcohol. Ya borrachos, se recogían a un rincón del coche a entonar canciones libertinas. Al llegar a su tierra, muchos de esos soldados se organizaron en partidas a fin de disputar el poder a los Soviets. Allá en el sur, en la Ukrania, los cosacos que continuaban fieles al Zar y no reconocían la paz de Brest-Litovsk, se concentraban en torno a Kornilov, Kalinin y Denikin. El espíritu del separatismo iba rampante por la vasta Rusia, y en el mismo corazón de Siberia, el almirante Kolchak reunía un ejército con los prisioneros de guerra y los oficiales veteranos. Cerca de Petrogrado, el general Yudenich amenazaba con sus tropas. En una palabra, los Soviets estaban rodeados de enemigos.

De la noche a la mañana, el Soviet reunió, como pudo, ejércitos mal vestidos y peor alimentados, para lanzarlos contra otras tropas no menos haraposas y hambrientas.

Los rivales, que debían hacer esfuerzos para distinguirse unos de otro pelearon con heroísmo; en cualquier rincón se vió surgir héroes y mártires de una o la otra causa. Esta lucha alcanzó proporciones colosales y se enconó en actos de inaudita crueldad y salvajismo.

El Ejército Rojo y la historia de sus triunfos y de sus desastres, está personificada para el mundo en la de su mariscal de campo, el camarada Trostky. En su lujoso tren militar, formado por el antiguo convoy privado del Zar, Trotsky iba de un extremo al otro de Rusia, inspeccionando los campos de operaciones, dando órdenes implacables, pronunciando brillantes arengas, quitando y poniendo generales. En fin de cuentas, dentro y fuera de Rusia, apareció como el alma y el nervio del Ejército Rojo. ¿Y Stalin?

A este propósito es interesante recordar lo que el viejo conspirador y escéptico Krassin escribió más tarde: «El hombre más asustado, es el Mariscal Trotsky. Si Stalin, que no es acaso tan inteligente, pero sí mucho más valeroso, no se mantuviera a su lado, ya habría vuelto la espalda ha mucho tiempo. Pero Stalin lo tiene bien sujeto, y en buena cuenta está dirigiendo él las operaciones de defensa sin demostrarlo, dejándole a Trotsky las exterioridades del poder y el título de general en jefe. Trotsky hace fogosos discursos y dicta órdenes que le sopla Stalin.»

Durante la guerra civil, Stalin ocupaba el puesto de presidente de la Oficina inspectora de Obreros y Campesinos, la más alta posición de contralor dentro del Partido, pero modesta en la apariencia. Sus obligaciones eran las de rastrear y sancionar los casos de corrupción o indisciplina dentro del Partido, purgándolo del elemento criminal que se cobijara dentro de él. Su labor no fué considerable al principio, porque como el mismo Stalin lo hizo notar, en los comienzos hasta los facinerosos podían ser útiles; pero con los años su obra adquirió una importancia enorme en la lucha contra la oposición intestina.

Pero, incidentalmente, como quien dice, Stalin era al mismo tiempo miembro del Consejo directivo de la guerra, y a estos deberes se dedicó con todo su empeño. En tal carácter participó en la creación del Ejército Rojo, y con su ayuda y bajo el comando del ex-sargento mayor del

Zar, Budionny, y de su amigo Voroshilov, fué equipado el famoso Primer Ejército Montado, que había de convertirse en uno de los adornos del Soviet.

La hostilidad entre Trotsky y Stalin provenía de diferencias individuales más bien que políticas. En cuestiones militares, el primero estaba por la dirección centralizada de la guerra, de acuerdo con las viejas leyes del arte militar, mientras que para el oriental Koba, las circunstancias de la campaña, la índole misma de los campesinos sublevados, aconsejaban aplicar la táctica y la estrategia de la guerra de guerrillas, que él tenía en la sangre.

El cuartel general de Stalin estaba en Tsaritsyn, un importante centro del Volga, donde comandaba el 10 cuerpo de ejército, asesorado por Budionny y Voroshilov, hombres de su temple y que tenía fe en sus métodos de combate. Trotsky dirigía la campaña, y Stalin sólo intervenía de tarde en tarde; pero allí donde él se presentaba, aparecían inmediatamente las incursiones nocturnas en el campamento enemigo, acuchillando gente y despojándolos de armas y bagajes. Del cuartel general llegaban a montones las órdenes y las medidas disciplinarias contra Stalin; pero éste las miraba impasible y escribía al margen con lápiz rojo: «No hacer caso!»

Esta actitud puso furioso a Trotsky y le determinó a hacer una visita de inspección a Tsaritsyn. El choque era inevitable, y Lenin hizo lo posible por suavizarlo, recomendándole a Trotsky que cooperara con Stalin. Este fingió ceder ante la autoridad de su rival, y se volvió a Moscú. Deseoso de justificar sus planes, pidió a Lenin que le diera otro comando; pero ni en este caso aceptó la dirección oficial. Como siempre, le bastaba ejercer su influencia oficiosamente.

El otoño de 1919 fué una época crítica para el Soviet. Después de la partida de Stalin, Tsaritsyn cayó en poder del general Wrangel, en tanto que en el sur el general Denikin lanzaba su famoso manifiesto «¡A Moscú!» Los tropas bolcheviques se retiraban en todas partes en desorden, mientras que muy cerca de la capital las tropas blancas de Mamontov arrasaban con todo a su paso. En tanto que Trotsky parecía perder la cabeza dando órdenes inadecuadas, Stalin prometía ante el Consejo resta-

blecer el frente de batalla, y se hacía dar el comando separado del sur.

Con el recuerdo de Tsaritsyn fresco en su memoria, pidió expresamente que Trotsky no tuviera nada que ver con su comando; y a las objeciones de éste respondía más tarde con el siguiente telegrama: «Tu actitud es pura obstinación, o si prefieres, faccionalismo de la especie más estúpida y peligrosa». Voroshilov afirma que el plan de campaña ideado por Stalin fué lo que salvó la situación. Lo cierto fué que bajo su comando los ejércitos blancos fueron rechazados en toda la línea y empujados de las vecindades de Moscú hasta las costas del Mar Negro.

A guisa de premio por sus triunfos militares, se dió a Stalin la condecoración de la Bandera Roja, la más alta distinción de la Rusia comunista. Pero quiso la ironía de la suerte que al mismo tiempo se concediera igual distinción a Trotsky. La entrega de la condecoración se haría en una solemne ceremonia en el Gran Teatro de Moscú. Trotsky estaba entonces en el zenit de su carrera y recibió una ovación al presentarse en escena, donde pronunció luego una vibrante pieza oratoria. Stalin por su parte ni siquiera creyó necesario concurrir en persona a recibir su premio. En esos momentos tenía cosas mucho más importantes que ir a recibir laureles que nada significaban para él. Pero su nombre fué mencionado en alta voz,y el único que comenzó a aplaudir con entusiasmo al oírlo, fué el camarada Trotsky, el héroe del día...

Stalin no olvida jamás, pero está dispuesto a aprender. Después de su conflicto con Trotsky, se dió cuenta de que aquel mefistofélico personaje, de puntiaguda barbilla y pelo enmarañado, representaba un poder nada despreciable, y se puso a la formidable tarea de minarlo por su base. Al terminar la guerra, y cuando Lenin comenzaba a mostrar síntomas de decadencia física, Stalin comenzó su conspiración, con la pertinacia de quien no conoce el fracaso.

HACIA EL PODER.

Con el triunfo de la revolución de Octubre, el Partido Comunista procedió a organizar Rusia como una «República federal de Trabajadores». Los habitantes fueron

clasificados en grupos, deduciéndose su importancia de la mayor o menor utilidad de sus servicios. De acuerdo con esto se concedió a cada cual una ración que le serviría para sostenerse y multiplicarse, para seguir viviendo apenas, o para agotarse y perecer, según fuera o no deseable su casta a la comunidad. Todo fué nacionalizado, hasta los ataúdes y la ropa de cama. El poder del estado iba a convertir una brillante novela utópica a lo Wells en una siniestra realidad.

Lo que ocurrió fué que los recursos de la nación fueron desapareciendo, y toda la población comenzó a padecer hambre y frío. Nadie podía comprar ni vender nada, sino el Estado. Los campesinos dejaron de sembrar, y esto junto con la sequía de 1921, trajo la espantosa hambruna de ese año. Poblaciones enteras emigraban hacia el Cáucaso y el Turkestán, pero la mayoría iban quedando muertos por el camino. En los campos, la gente se comía el cuero, la tierra, los excrementos, y caía al suelo con las convulsiones de la muerte. A lo largo del Volga, ese año terrible los pobladores se comieron los cadáveres de sus propios deudos.

La primavera siguiente trajo la reacción, y del punto menos esperado. Los marineros de Kronstadt, el gran puerto militar del Báltico, se sublevaron contra el Soviet. Los mismos que habían iniciado el movimiento revolucionario cuatro años antes, pedían ahora el voto libre, libertad de comercio, libertad de prensa, etc. La revuelta fué tan inesperada como un rayo que cayera de un cielo sin nubes. Los cabecillas del Partido comunista se sintieron nuevamente poseídos del pánico. «Lenin y Trotsky han huído en un aeroplano!» gritaban los chiquillos en las calles.

De todos los jefes del Soviet, Stalin era el más sereno. Lenin atendió sus exhortaciones a la calma y la reflexión. Su plan para dominar la revuelta fué aprobado por todos, pero ni aun entonces Stalin asumió sólo la dirección de la campaña. Con Trotsky y el general Tukhachevsky organizó una columna de ataque contra la plaza militar de Kronstadt. Fué idea suya que a la retaguardia marchara un destacamento de la Cheka con artillería pesada, cuyo objeto era romper el hielo del río para hacer la retirada imposible a los atacantes.

Sólo cuando la plaza se rindió tomó Stalin la dirección de los asuntos. El castigo fué ejemplar y parejo. Sólo unos cuantos marineros pudieron ir a contar el cuento más allá de la frontera.

La ascensión de Stalin al poder vino a hacerse visible en el 10.° Congreso del Partido, donde se presentó como el vencedor de Kronstadt. Pareció natural que Zinoviev, como presidente del Soviet de Petrogrado, propusiera su nombre para el cargo de Secretario General del Comité Central del Partido Comunista, de reciente creación. Se dice que Lenin no miró con buenos ojos la candidatura de Stalin. «Este *chef* nos va a cocinar guisos muy amargos» habría dicho a sus íntimos. Sea como fuere, no se opuso abiertamente, juzgando, al parecer, que el puesto no tenía gran importancia política y estaría enteramente subordinado al Comité Central.

Y, sin embargo, este puesto de Secretario General es lo que le ha servido a Stalin para alcanzar el poder de dictador de que goza hoy día. En su calidad de Secretario hubo de imponerse de todas las cuestiones políticas, de la marcha de toda la máquina administrativa del Estado y del Partido. Más todavía, muchas materias importantes de carácter técnico eran dejadas para que el Secretario las resolviera según su criterio, sin necesidad de consultar siempre al Comité. Mientras Lenin estuvo a la cabeza del gobierno, Stalin no tuvo naturalmente oportunidad de ejercer un gran poder desde su puesto de Secretario. Una simple nota de puño y letra de su jefe habría bastado para barrerlo de la administración y del Partido. Pero Lenin sólo escribió esta nota de excomunión en su lecho de moribundo, en circunstancias en que le fué facilísimo a Stalin sustraer su contenido del conocimiento de los demás.

Poco a poco Stalin fué extendiendo su influencia y ganándose la adhesión de algunos cabecillas que se creían pospuestos en su carrera. Entre ellos se fijó especialmente en dos poderosos colaboradores, Zinoviev y Kameniev, presidentes de los Soviets de Petrogrado y Moscú, respectivamente, quienes, como tales, le traerían ese apoyo popular que aun le faltaba. Más tarde, maniobrando a esos cabecillas contra Trotsky, pero cuidando de mante-

nerse él entre bastidores, podría darse el gusto de presenciar la caída de su enemigo el mariscal de campo.

En voz baja, primero, y luego con más viva insistencia, comenzó a esparcirse por el Kremlin el rumor: «Lenin está enfermo, Lenin está grave!» A lo que se decía, se trataba de una parálisis general; y nadie se atrevía a mencionar la cuestión del sucesor. De repente, en Mayo de 1922, vino el primer ataque. El consultor y el guía del Partido y de la nación no podía ya empuñar las riendas. Como una materia de rutina administrativa, el departamento que hasta entonces había preparado las órdenes que firmaba Lenin siguió dándolas, aunque ya no venían del jefe supremo Y ese departamento era el que dirigía el Secretario General, Stalin. . . .

LA CONSPIRACION.

Los cabecillas de la Revolución Francesa se eliminaron unos a otros por medio de la guillotina. La revolución rusa echó mano del chisme como sustituto de la guillotina. El efecto era más lento, pero por lo mismo menos notorio, sin que perdiera nada en brutalidad.

Así fué como el propio Trotsky se encontró enredado en la intriga que le prepararon Zinoviev, Kameniev y Stalin, para quienes el mariscal de campo era no sólo odioso sino peligroso además, pues se hallaban convencidos de que en su calidad de jefe del ejército, intentaría apoderarse del poder por la fuerza, apenas muriese Lenin. El Partido estaba seriamente preocupado de este peligro, no porque tuviese alguna indicación de ello, sino por la consideración de que hubiese sido muy fácil para Trotsky, contando con el apoyo del ejército, llegar a convertirse en amo en unas cuantas horas. A nadie se le ocurrió que los otros tres hombres podrían hacer otro tanto, y se convino en eliminar paulatinamente a Trotsky de las conferencias, comités y comicios del Partido, entregando su parte a Kameniev y Zinoviev, los cuales, como jefes de los Soviets en Petrogrado y Moscú, eran extraordinariamente populares.

Stalin se mantuvo en segundo término. Como siempre, él sabía cuál era la posición más conveniente para sus fi-

nes. Por lo pronto, no se trataba de provocar abiertamente a Trostky, sino más bien ponerle por delante la oportunidad de presentarse como el heredero de Lenin. En la reunión del comité político, en vísperas del 12.º congreso del Partido, se discutió la cuestión de quién estaba llamado a leer en la primera sesión el informe de costumbre, que hasta entonces le había correspondido a Lenin.

—Trotsky, por supuesto—sugirió Stalin con suavidad.

Trotsky, haciendo alarde de modestia, protestó de que se le mencionara a él, añadiendo que sería una falta de tacto el apresurarse a poner a alguien en lugar de Lenin. Por lo demás, él, Trotsky, no estaba en todo de acuerdo con el comité político.

—¿En qué, vamos a ver?—preguntó Stalin con menosprecio.

Y apenas hubieron abandonado la reunión, Kameniev y Stalin se fueron esparciendo la noticia entre los comunistas: «Trotsky pretende leer el informe político; está a la vista que pretende adueñarse del poder. ¿Vamos a dejarlo hacer, camaradas; nos contentaremos con mirar mientras él se convierte en el único amo del Partido y del Estado, de nuestra República del Soviet?»

Los veteranos comunistas, que no padecían de exceso de meollo, se sintieron escandalizados y llevaron su indignación a los círculos del Partido. El desplazamiento de Trotsky no fué, por lo demás, cosa fácil, y su realización está entre los golpes maestros del archi-conspirador Stalin. El comité político preparó una verdadera conjura. Los que tomaron parte en ella convinieron en ir excluyendo a Trotsky de toda participación en las actividades del Partido. Stalin, por su parte, asestaba un golpe tras otro. Por medio de su Secretaría General, estaba en situación de ir sustituyendo a los amigos de Trotsky por gente de su amaño, ambiciosa y capaz de todo por surgir. Al mismo tiempo los nombres de Zinoviev y Kameniev sonaban con mayor insistencia, y aun en las listas de jefes del Partido, en las cuales hasta entonces el nombre de Trotsky aparecía a la cabeza, ahora se recurría al orden alfabético con la única intención de posponerlo. Una y otra vez se llegó a omitirlo por entero, y al final aparecía en cambio, como a las perdidas, el nombre de Stalin.

Los conspiradores procedieron en el más completo se-

creto, visto que nadie podía contar por segura la muerte de Lenin. Los cambios de personal en la administración dieron los primeros puestos al doctrinario mediocre, al bolchevique fanático, cuyo ideal encarnado debía ser necesariamente Stalin. Entretanto, Trotsky caía postrado por meses enteros, víctima del *surmenage*, y quedaba por lo tanto a la merced de sus enemigos. Al fin se resignó a seguir el consejo de los médicos y salió a pasar algunos meses en las costas del Mar Negro. Al llegar a la estación de Tiflis, le entregaron un telegrama: «Lenin muerto». Corrió al teléfono y se puso en comunicación con el Kremlin; Stalin estaba al otro extremo del alambre.

—¿Cuándo serán los funerales?

—El Sábado. Sería imposible que llegaras a tiempo. Mejor sigue tu viaje hasta la costa. ¡Cuídate, camarada Trotsky!

Y Trotsky siguió su viaje, sin pasarle por la cabeza la posibilidad de que Stalin le hubiera engañado. Pues los funerales de Lenin no se celebraron hasta el domingo, y Trotsky habría tenido tiempo de llegar a Moscú. Centenares de miles de obreros se apretaban en la Plaza Roja, buscando con los ojos a Trotsky, ahora el primer personaje de los Soviets. ¡Pero Trotsky no estaba presente!

Ninguna explicación de su ausencia, tampoco. En cambio se echaron a correr rumores de que, mientras toda la nación llevaba a sepultar los resto de su gran jefe, Trotsky se divertía en un lujoso hotel de la Rivera rusa! Entretanto, en presencia de aquella vasta muchedumbre, Stalin, Zinoviev y Kameniev marchaban detrás del ataúd de Lenin, vestidos con burdas ropas de obrero, la frente baja y con la expresión del más profundo dolor!

A la muerte de Lenin no hubo dificultad en suprimir su testamento político, en el cual hacía un severo retrato de Stalin. Comenzaba por reconocer la firmeza de carácter y la resolución del camarada georgiano, pero terminaba con esta inequívoca declaración: «Stalin es rudo y desleal e inclinado a abusar del poder». Sin negar que su antiguo cooperador tuviera las más altas condiciones para un comunista, no lo consideraba apropiado para el cargo omnipotente de Secretario General. «La rudeza, añadía, está incluída en la lista de las virtudes del bolchevique; pero creo que Stalin se excede en esta virtud.» Y hacia el final

de la carta que escribió a Stalin, la última que firmara en su lecho de muerte, había frases como éstas: «Tendré que apelar al Partido y pedir tu expulsión de las filas. No eres digno de ser comunista. Tus miras son escalar el poder para darte el gusto de divertirte con él.»

Por cierto que el juicio de Lenin sobre Trotsky contenía apreciaciones menos halagüeñas todavía. Pero el documento fué, por de contado, sustraído a la publicidad. La muerte de Lenin y la ausencia de Trotsky dejó el campo libre a los conspiradores. Ahora se trataba de arrebatarle al mariscal de campo su influencia en el ejército, y especialmente sobre las tropas de la capital. A pesar de su ausencia, Trotsky seguía ejerciendo su influencia sobre el ejército, y hubiese bastado que diera la orden de atacar, para que llegase a ser el amo de Rusia al cabo de unas cuantas horas. Por qué no lo hizo, es hasta hoy un misterio. Puede que no quisiera perturbar el firme espíritu revolucionario del país.

Pero Stalin no vaciló. El general Frunze, fiel adherente del Comité Político, fué traído de la Ukrania y puesto al frente de la guarnición de Moscú. Los oficiales que estaban sindicados de simpatía hacia Trotsky fueron desplazados, y en pocos días éste se encontró irremediablemente desacreditado ante las tropas. Y al mismo tiempo una misteriosa campaña de prensa comenzó a lanzar sospechas sobre «los advenedizos del Partido.»

El 17 de Noviembre de 1924, Stalin pronunció ante el Comité Central de las Asociaciones del Trabajo Panrusas, su famoso discurso contra Trotsky. No fueron tanto los cargos mismos, como la siniestra apariencia y la violencia de tono del impecable comunista Stalin, lo que impresionó a sus camaradas. Y cuando al final leyó una carta de Trotsky dirigida al menchevique Chkheidze desde su refugio de Viena, en 1913, la suerte de Trotsky quedó sellada. Esa carta contenía párrafos como éstos: «Lenin es un explotador profesional de todos los aspectos más torpes del movimiento laborista ruso. Toda la estructura del Leninismo se basa sobre fraudes y mentiras y sus muros están minados por la ponzoñosa corrosión de su propia podredumbre.»

Trotsky se esforzó en vano por desvanecer el efecto de estas declaraciones. El 17 de Enero de 1925, en sesión ple-

naría del Comité Central, se le pidió que renunciara al comisariato de la guerra y al mismo tiempo se le censuraba acremente y se le prevenía que sería expulsado del Partido en caso de continuar sus críticas contra la política general del mismo. Se prohibió a sus partidarios que celebraran comicios públicos, y cuando Zinoviev, Kameniev y Trotsky volvieron a hacer armas comunes contra Stalin, y organizaron la gran manifestación de Octubre en la Plaza Roja, los mismos veteranos que habían luchado con tanto brillo diez años antes, se vieron asaltados por la nueva Cheka, la G. P. U.; sus oradores fueron maltratados en presencia de los obreros, sus banderas arrancadas de sus manos, y «los tres judíos» puestos bajo la protección de la policía.

Stalin se puso a la tarea de «salvar la Revolución» aun en vida de Lenin. Convencido como estaba de que él era el único que podía mantenerla con su orientación propia, creyó que todos los medios eran justificados para alcanzar su fin. Y junto con dar al partido el carácter de una casta de orden militar, extendió su poder sobre toda la burocracia, y dió a la Comisión Central de Control el carácter de una policía especial que vigila sobre la administración y sobre la nación entera.

«STALINISMO».

Desde 1924 el nombre de Stalin se ha hecho gradualmente más y más prominente en la sección de política internacional de la prensa de Europa y América. El stalinismo es la tercera etapa de la Revolución Social, que comienza con Marx y sigue con Lenin. Al convertirse éste en el dios del Partido, se ha convertido en una sombra. «Lenin es Lenin, y Stalin es su profeta» ha dicho alguien parodiando la profesión de fe de los mahometanos.

El stalinismo persigue por ahora tres fines: socialismo en *un* país; el Plan de Cinco Años, y la colectivización de los campesinos. Su famosa teoría de «socialismo en *un* país» es consecuencia natural del fracaso de la revolución mundial y del auge del nacionalismo en Rusia. La concepción inicial del comunismo suponía que su ideal no llegaría a encarnar enteramente sino cuando todos los

pueblos que contuvieran un gran proletariado industrial hubieran entrado en el movimiento. Rusia debía ser meramente el trampolín para el gran salto. Pero como el capitalismo parece todavía firme sobre sus cimientos en muchos países, Stalin ha cambiado de frente.

Rusia se ha convertido en un mundo cerrado y aparte, en el cual se realiza un gigantesco experimento. Sus zonas industriales representan a la «Europa occidental», mientras que a su lado queda una vasta porción agraria. Ahora bien, los recursos de Rusia son tales, que le permiten formar un todo que se basta a sí mismo. Teóricamente, no necesita del resto del mundo. Y así va pasando gradualmente del socialismo al nacionalismo.

En realidad, Rusia depende ahora más que nunca del resto del mundo para la ejecución del Plan que ha de independizarla de la industria ajena y darle los medios para inundar al mundo con sus productos. El Plan de Cinco años puede serle explicado en cinco minutos al más rústico campesino de Rusia. Para establecer el socialismo, es necesario dinero, o en su defecto, productos que vender. Vendiéndole al extranjero cuanto haya vendible—trigo, ganado, maderas, petróleo, cabello humano, fierro viejo, adoquines, cuadros de museo, piedras preciosas y demás, no importa el precio, se tendrán los medios de construir fábricas dentro del país. Rusia entera debe contentarse con morir de hambre a fin de que esa concepción de fanático se realice!

Si tal idea puede ser convertida en realidad, o si es meramente la imaginación de un lunático, no es cosa para discutirla aquí. El hecho subsiste de que, aun realizado a medias, el Plan convertirá a Rusia en una formidable potencia industrial. Y las demás potencias están cooperando con Stalin al facilitarle ingenieros, peritos y obreros técnicos...

Aunque el socialismo en un país, la colectivización de los campesinos y el Plan de Cinco Años constituyan las ideas fudamentales, ellas son una simple etapa del Stalinismo. Sus miras supremas apuntan hacia la Revolución mundial. Pero a diferencia de Lenin, su sucesor espera la revolución universal de resultas de una invasión militar, en la punta de las bayonetas rusas. En ese concierto de

pueblos revolucionarios. Moscú será el centro de inspiración y de gobierno.

De acuerdo con esto, la idea básica del Stalinismo es un imperialismo mesiánico de índole asiática. De aquí al chauvinismo no hay más que un paso, y en efecto, es evidente ya en ciertos círculos oficiales y aun entre los obreros y soldados del Soviet, un desprecio ilimitado por el decadente «proletariado burgués» de Occidente, incapaz de hacer triunfar la Revolución. Este menosprecio del europeo hace que cada hijo de Rusia considere casi una bendición la tiranía bolchevique. El Asia colectivista ha encontrado su más reciente encarnación en el Comunismo ruso, y siente por instinto que la Europa individualista es su mortal e irreconciliable enemigo, al que hay que vencer y meter a la fuerza en su paraíso oriental.

Los tiempos pasan, cambian las lenguas, pero el destino mesiánico de gobernar al mundo que es peculiar de las estepas de Asia, permanece inalterable. «Ex Oriente lux!». Y en determinados momentos de la historia encuentra su encarnación en la persona de algún sombrío caudillo.

LA VIDA DIARIA DE STALIN.

Stalin vive ahora en la aldea de Gorki, cerca de Moscú, en la casa donde Lenin pasó sus últimos días. Su existencia es solitaria, sin distracciones, y rara vez alguien cruza su puerta, a menos que por gracia especial haya sido invitado por el propio Stalin a beber una copa de vino con él. La casa está custodiada día y noche por una guardia especial de quince agentes escogidos de la G. P. U., en tanto que en las casas vecinas, de donde se ha expulsado a todos los labradores, se alojan las tropas de la «Bandera Roja», la guardia especial del Dictador. Otros destacamentos custodian el camino de Moscú, el bosque y los campos vecinos.

Forman esta guardia soldados reclutados por el mismo Stalin en sus campañas del Cáucaso, y están incluídas en ella georgianos, ossetes y otras razas que pueblan aquel territorio. Ultimamente se ha incorporado a ellos cierto número de comunistas alemanes, al mismo tiempo que se

ha reemplazado con chaufeeurs de la misma nacionalidad a los que conducían los automóviles del gobierno. Estos hombres no están interesados en los problemas domésticos de Rusia, y como extranjeros se sienten más dependientes de Stalin que lo que podría estarlo cualquier nativo. El pueblo odia a la guardia del Dictador, y este odio no hace más que unir más a aquella con la persona de su amo. Stalin puede dormir tranquilo; que su guardia no ha de traicionarlo; porque si hay algo de que ellos estén seguros, es que, en el mismo momento de la caída de Stalin, el populacho los cortaría en menudos pedazos.

Todas las mañanas a las 9 un automóvil blindado de la marca Rolls Royce, bruñido y flamante en su apariencia se para a la puerta de la casa de Stalin. En compañía de tres agentes de la G. P. U., el Dictador toma el camino de la capital, seguido de tres coches más con soldados de su guardia. Este coche puede ser el blanco de ataque en el trayecto, y en efecto, van ya muchos atentados dirigidos contra Stalin. Pero las precauciones no escasean a fin de desbaratarlos. En la misma fábrica inglesa fueron construídos seis coches exactamente iguales, que copian en forma y color al primero. En caso de sospechar algún peligro, seis automóviles iguales, en vez de uno solo, parten de casa de Stalin y toman el camino de Moscú, a intervalos regulares. A través de los cristales alcanza a divisarse en cada uno de ellos un tipo de fisonomía oriental y gesto agrio. Llegados a Moscú, esos automóviles entran al Kremlin por seis puertas diferentes. A la noche se les ve salir en la misma forma. Ni los chauffeurs sabrían decir en cuál de los coches viajó Stalin, y cuáles llevaban a otros georgianos como él. Ni siquiera dentro del Kremlin se sabe por qué puerta llegará Stalin, y a qué horas. En las reuniones y conferencias a que debe concurrir, nadie puede estar seguro de si asistirá o no, y cuándo llegará. Aun en los comicios comunistas mejor organizados, Stalin acomparece de repente, llega con paso rápido, rodeado de agentes, y desaparece luego en igual forma. Todo lo que una policía con siglos de experiencia en Europa puede aconsejar, se tiene presente para el resguardo del Dictador. Pero aun así Stalin no se descuida un momento. Nunca recibe a nadie sin que haya otra persona junto a ellos, y nunca tampoco sale a comer fuera de casa.

El sabe que es el último de los bolcheviques. Su muerte querría decir que la última esperanza de la revolución universal se habría desvanecido para siempre. Poco después de las 9 de la mañana se le ve llegar al Kremlin, y da comienzo a su hercúlea tarea diaria. Conferencias, sesiones de comités, entrevistas, firma de decretos—todo pasa por su mano; él maneja toda la administración pública. El trabajo continúa hasta muy entrada la noche, y Stalin pasa de diez y seis a diez y ocho horas en su escritorio, a fin de seguir la marcha del mecanismo de la administración hasta en su menores rodajes.

En el Kremlin Stalin está rodeado de correligionarios, que profesan sus mismas ideas y le son adictos; porque, a pesar de su rudeza, su intolerancia y su malicia, el Dictador posee en los círculos íntimos del Partido un suficiente número de hombres que lo miran como la perfecta encarnación del bolcheviquismo. Su colosal firmeza de voluntad, su rígida honradez en asuntos de dinero, el miedo que sabe inspirar en todas las clases, y junto con esto la convicción de que, sin él, las cosas se habrían ido hace mucho tiempo a los demonios, todo concurre a que su pequeña banda de partidarios se estreche en torno de él. Y con esos hombres, Stalin gobierna desde dentro del Kremlin a ciento sesenta millones de individuos.

Cuando Stalin tiene algo muy importante que hacer, se va a vivir en el Kremlin por varias semanas seguidas. En tales ocasiones él con su familia (cinco personas) ocupan dos cuartos pequeños, donde solían vivir los lacayos del palacio. Los demás jefes viven asimismo en el Kremlin: tras sus gruesas murallas se sienten sin duda más seguros. En el piso bajo, todos comen juntos en el gran comedor, sirviéndose en los platos dorados de la vajilla del Zar los manjares que les preparan los antiguos *chefs* de la cocina imperial. Pero Stalin odia los guisos refinados, y se sirve solo, al borde de su escritorio, la monótona comida al estilo georgiano que le trae su fiel ama de llaves alemana.

Tarde de la noche el Rolls Royce arranca del Kremlin y a toda marcha sale de Moscú por el camino de Gorki. Los ojos de un sátrapa oriental, Stalin, brillan a través de los cristales de la ventanilla. La capital asiática, con sus doradas cúpulas, está dormida.

Stalin no tiene tiempo para la vida privada. Y, sin em-

bargo, lleva una vida privada que, en sus caracteres orientales, es muy diferente de la de sus camaradas bolcheviques. En su juventud, Stalin se casó con una muchacha georgiana, Svanidze, la cual murió de una inflamación pulmonar antes de la Revolución. De ella le quedó un hijo varón. Ultimamente, al cumplir cincuenta años, y en el meridiano de su carrera, se casó con Nadya Alleluya una chiquilla de quince años, de raza ossete, hija de un caudillo montañés. Stalin es un buen marido, bien que sus ideas del matrimonio sean las de un oriental. Mientras las mujeres de los otros jefes bolcheviques, desde la refinada dama inglesa que se casó con Litvinov a la esposa esquimal del armenio Ordjonikidze, se pasan el tiempo tejiendo intrigas y desenredando chismes, la señora de Stalin es una excepción, igual que su marido entre los hombres. Ni una sombra de escándalo ha alcanzado hasta ella. Modesta y tranquila, se encierra en su casa de Gorki. Se cuenta, con solemnes juramentos, que antes de salir cada día para el Kremlin, su marido la deja encerrada con llave, a la manera oriental, y se mete la llave en el bolsillo. Pero probablemente todo esto no son más que suposiciones, ya que nada se sabe de su vida íntima. Todo lo que hay de cierto es que se trata de una jovencita, que habla muy mal el ruso, que no entiende nada de política y que le ha brindado un hijo a su marido, el cincuentón Stalin.

Pero Stalin sabe también ser justo con su familia, regalándola con todas aquellas comodidades que a él no le hacen falta o tiene en menos. Su madre, la costurera, ahora vive en Tiflis en el palacio del virrey, rodeada del esplendor de una corte. Su influencia es ilimitada, y cuando se presenta en las oficinas de gobierno, hasta el camarada Eliava, el omnipotente amo del Cáucaso, se inclina ante ella, y le sopla a los demás visitantes con supersticioso respeto: «La madre de Stalin!»

Cuando su hijo mayor creció y fué rechazado en los exámenes del Instituto Técnico de Moscú, Stalin lo mandó sin más demora a un punto remoto de Georgía.

—Si no quieres ser ingeniero—le dijo—, entonces anda a aprender a remendón!

Pero cuando su hermana se casó con un comunista checo, Stalin dió un banquete monstruo en el Kremlin, uniendo

el lujo de los tiempos del Zar a una bárbara magnificencia oriental.

En su hogar, en las horas de reposo, Stalin se dedica a leer. Lee con grande avidez, particularmente obras de caracter semi-científico, de sociología, sobre marxismo o sobre agricultura y temas semejantes. Los demás géneros no le interesan. Sabe poco de autores extranjeros, y en cuanto a los nacionales, el que más le gusta es el crítico Pizarev, el cual no pudo nunca comprender que hubiera escritores que se empeñaran en poner rimas al final de las líneas, y con tal criterio no tomaba en serio al poeta Pushkin. Stalin ha tomado de Pizarev una máxima: «Las leyendas mueren, pero los hechos permanecen»—lo cual puede aplicarse en cierto sentido trágico al mismo Stalin. Cuando no tiene algo que leer, el Dictador se entretiene con su pianola, y la pieza que más toca es la Marcha Fúnebre de Chopin. También es aficionado al ballet ruso y a la ópera, siendo su favorita *Aida*. A menudo se le ve intervenir en la crítica artística y en materias teatrales.

Stalin no cultiva relaciones personales con sus asociados y miembros del Partido. Los conoce demasiado bien y le basta la certeza de tenerlos a todos en el puño. Sus procedimientos son de una índole particular. En su caja fuerte, en su casa de Gorki, tiene guardados con doble llave muchos fajos de documentos a los que tiene en más estima que si fueran un tesoro. Esos documentos guardan toda la información referente a sus camaradas del Partido que almacenaron los esbirros del Zar, y de la cual se incautó Stalin a comienzos de la Revolución. Es lástima que al mismo tiempo, él destruyera con su propia mano el pliego que llevaba su nombre; por culpa de lo cual la posteridad no podrá saber nunca todo lo que quisiera respecto a un importante período de la vida de Stalin En esos papeles hay muchos cargos contra miembros del Partido, tales como haber entrado en relaciones con la policía del Zar, haber sustraído fondos de la propaganda comunista, haber hablado mal de Lenin, y cosas parecidas. La policía imperial tenía filiados a todos los revolucionarios por medio de sus *agents provocaturs*.

Y ahora todos esos documentos están en su mano. Por la noche, Stalin se complace en repasarlos y con la vista fija en sus hojas amarillentas, no puede dejar de sonreírse

ante las debilidades de antiguos camaradas. Por lo común, esas faltas permanecen ocultas; pero si se presenta el caso de un camarada que se pone peligroso o que pretende seguir una línea personal de política, entonces Stalin lo llama a su oficina, y señalándole el expediente que le corresponde, le dice: «Ya ves, el año 1905 estuviste en relaciones con la policía. Anda con cuidado, o te va a ir mal.» Por lo general esa advertencia basta; pero con los obstinados, se recurre a la denuncia pública, y el culpable es expulsado de las filas, o desterrado, y en ciertos casos se le entrega a la G. P. U., para que lo elimine para siempre.

En su vida privada Stalin es extremadamente modesto, al igual que los demás bolcheviques de su generación. Se le ve llevando ropa ajada y hasta remendada, no porque quiera llamar la atención, sino sencillamente porque ha sido su costumbre de toda la vida. Se le ve con el mismo traje años y años, es parco en el comer y en la bebida, fuma su pipa y en lo demás es un verdadero asceta.

Sólo en raras ocasiones, cuando tiene a su alrededor a sus mejores amigos, entonces abre una botella de vino de Georgía. Se pasan la noche bebiendo. Stalin mismo bebe muy poco, pero le gusta servir a sus amigos, y allá por el amanecer entona alguna bárbara canción georgiana y se levanta a bailar una de esas danzas frenéticas, con dagas, cuchillos y gritos guturales. Sus cincuenta años, su posición, su pasado, no le han hecho olvidar la danza guerrera de su tierra nativa. En realidad, no ha olvidado nada que se refiera a ella.

Cada verano, al poner término a lo más pesado de la labor administrativa, Stalin se va por un mes del otro lado del Cáucaso, a pasar sus vacaciones en la pequeña República de Georgía, la misma tierra que antes lo expulsó de su seno y que no es hoy más que una minúscula provincia de su inmenso dominio. A veces alcanza hasta Abkhasia, la hermosa playa sobre el Mar Negro. Allí edificaron el Zar y sus nobles magníficas residencias de reposo, y hoy las habitan los potentados del gobierno comunista. Pero Stalin no se enamora de los palacios de Abkhasia. Por lo corriente pasa sus vacaciones en Gori, su pueblo natal, donde en días lejanos se negó a aprender el oficio de remendón.

Cuando va a Gori se aloja en el palacio del príncipe

Amilakhvari, y desde sus ventanas observa el paisaje y la ciudad, soñando en la Revolución Universal. Aun aquí, en sus días de descanso, Stalin se mantiene en contacto con las tareas del gobierno. Por teléfono, por radiotelefonía y por medio de mensajeros especiales, da sus órdenes y recibe informes del Kremlin.

En sus visitas a Tiflis no deja nunca de visitar la maestranza de los ferrocarriles, donde quedan todavía algunos operarios que recuerdan al joven seminarista que concurría humildemente a sus reuniones. Tan pronto como llega a la estación, Stalin baja a abrazar y besar a la manera oriental a esos viejos camaradas, que le devuelven sus demostraciones llamándole Zozo o Koba, tal como en otra época. Sentándose por ahí en cualquier rincón, de acuerdo con las buenas costumbres nacionales, destapan una botella de vino y brindan en honor de su huésped. Estos viejos obreros son probablemente los únicos que conservan afecto personal por Stalin, y siguen recordando al viejo Koba con cariño y estimación. Y son ellos, por cierto, los únicos trabajadores del país por quien Stalin siente cariño de verdad, no en el sentido abstracto de un jefe socialista, sino con el sentimiento cordial concedido a seres de carne y hueso. «Mis maestros en la escuela de la Revolución», los llama Stalin con reverencia. Esto no es *pose* o un gesto teatral, sino la expresión de un sentimiento que surge del fondo del alma primitiva del georgiano Koba.

Las cualidades constructivas de Stalin son de fácil enumeración. A pesar de su poder, no se le ha ocurrido imitar a Napoleón, como habría podido hacerlo fácilmente; es recio y capaz de larga resistencia; su fuerte personalidad impresiona vivamente a sus colaboradores, y su honradez, especialmente en materias tocantes a dinero, es ya proverbial. En una de su visitas a Tiflis, hace pocos años, se le ofreció una recepción en el palacio de gobierno, a la que fueron invitados todos los jefes regionales del Partido. Entre ellos estaba un miembro del grupo armenio, el Camarada P., entonces Comisario del Pueblo.

—En 1906, ¿no estaba usted en el pueblo de Rostov, donde se ocultaba tras el nombre de X?—le preguntó Stalin.

El comunista armenio dijo que así era en efecto, sin

poder ocultar su satisfacción de que el jefe supremo conociera tan bien su pasado.

De pronto Stalin cambió de actitud, se puso rojo de rabia, y levantando el puño le asestó una bofetada a su interlocutor.

—¡En 1906, en Rostov, este canalla se robó veinticinco rublos de la caja del Partido!—dijo a los demás por vía de explicación.

Por centenares se citan las anécdotas en que, como en la anterior, se ponen en evidencia su alma cerril, su brutalidad y su honradez.

La fuerte personalidad de Stalin, que ya se ha incorporado a la leyenda, es una mezcla de los dos grandes déspotas de Rusia, Ivan el Terrible, el verdugo de los hidalgos campesinos, y Pedro el Grande, el del puño de hierro, y bajo su mando los crueles métodos de los viejos Zares han revivido con nuevo siniestro brillo. Sin embargo, Stalin no ha conseguido la popularidad que aquellos tuvieron. Su misión parece ser la de revivir la vieja tradición asiática, la de Jenghiz-Khan, de Tamerlan, de Ivan el Terrible y de Pedro el Grande.

En cada uno de sus movimientos y gestos, ya sea en el trabajo, en el seno de la familia, dentro del Partido, en Gorki o en el Kremlin, Yossif Vissarionovich Stalin se revela por lo que es, y por más que se le mire como el instrumento de los millones del proletariado mundial, él es realmente un sátrapa soberano del Asia, un déspota que no ha tenido superior ni aun en el Oriente.

FIN.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

"ENTERRADO EN VIDA"

Novela de ARNOLD BENNETT

PRECIO: $ 4.—

Interesante novela de uno de los valores más destacados de la literatura inglesa contemporánea. Arnold Bennett uno de los novelistas que explota con más acierto la crítica social en el humorismo tiene su obra capital en esta novela que ha editado la «Empresa Letras».

La envidiable presentación de la edición, el acabado en todos los detalles editoriales, no hacen sino completar el inmenso valor de esta edición.

Pídala en librerías y puestos de revistas en el país o diríjase acompañando el valor en estampillas de correo, giro o letra a

EMPRESA "LETRAS"

Casilla 3327-Huérfanos 1041-Tel. 82028-SANTIAGO

Casilla 55 V-Cochrane 585-Tel. 2548-VALPARAISO